

1946, NAZIS EN CHILOÉ

NOVELA

Miguel Vera Superbi



© Miguel Vera Superbi

© De esta edición:

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Zurich 255 oficina 23 - Las Condes.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 230.377

ISBN: 978-956-8865-30-6

Ilustración de portada:

Jenny Contente Guazzotti

Diseño y diagramación:

Jenny Contente Guazzotti

Impreso en:

Dimacofi

Junio, 2015

Ch863

V473m Vera Superbi, Miguel, 1957.

1946, nazis en Chiloé / Miguel Vera Superbi — 1a.

ed.

Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2015.

96 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-30-6

1. Novela Chilena. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

1946, NAZIS EN CHILOÉ

NOVELA

Miguel Vera Superbi



SIMPLEMENTE
EDITORES

ÍNDICE

| | | |
|---------------|-------------------------|----|
| Capítulo I | EL TÍO LUIS | 9 |
| Capítulo II | LA BÚSQUEDA..... | 18 |
| Capítulo III | HELGA..... | 39 |
| Capítulo IV | LOS DOCUMENTOS..... | 43 |
| Capítulo V | WOLFGANG HEINZ..... | 49 |
| Capítulo VI | CARLOS..... | 55 |
| Capítulo VII | ASESINO..... | 63 |
| Capítulo VIII | PRESO..... | 68 |
| Capítulo IX | EL ORO EN EL RELOJ..... | 74 |
| Capítulo X | LAS FOTOS..... | 78 |
| Capítulo XI | EL SOBRINO..... | 82 |
| Capítulo XII | LA SÉPTIMA CUEVA..... | 89 |
| Capítulo XIII | CUMPLIMIENTO..... | 95 |

CAPÍTULO I

EL TÍO LUIS

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué estai haciendo cabro de moledera? —me gritó el tío Luis desde la puerta de su almacén— Deja la pistola en la mesa con cuidado, ¡cálmate! —dijo moviendo las manos para ayudar a las palabras e inclinando la cabeza hacia adelante para que lo escuchara mejor.

—Si estoy calmado, tío —contesté azorado—. La estaba mirando no más —mi tío se fue acercando con lentitud y tomó la pistola. Revisó el seguro y la recámara por si había pasado una bala.

—La culpa es mía por dejar el cajón sin llave. Menos mal que no te volaste una pata, cabro de mierda, imagínate cómo se lo habría explicado a tus padres. ¿Viste, Helga? —se dirigió con voz tronante a su esposa, levantando una mano.

—Carlitos, casi la hiciste —dijo la tía Helga muy rígida y con cara de molestia desde el otro lado del almacén.

Ella también podría haberse fijado: la situación trataba de un niño con un arma semiautomática en las manos. La casa y en particular el almacén del tío Luis y la tía Helga eran unos lugares increíbles para un chico de mi edad, cinco o seis años, época de la cual tengo claros recuerdos de los viajes anuales de vacaciones a Quellón. Veníamos desde Santiago adonde los tíos a descansar un mes completo, a veces más. Cuando uno es chico empieza a aburrirse del descanso al día siguiente a la llegada y suele meterse en líos como el de la pistola.

Aunque tenían tierras, islas, animales, botes y lanchones para vivir tranquilos como familia acomodada, el tío y la tía se

habían hecho de un enorme almacén, único en la zona. “Nos gusta el trato con la gente, no podríamos vivir solos en el campo todo el tiempo”, eso les oí replicar en la mesa a mis padres, cuando ellos los criticaban por su dura vida. Luis y Helga se levantaban temprano los siete días de la semana para acarrear cosas y atender a la gente del pueblo, sin olvidar —eso sí— hacerse cargo de sus otros negocios.

Lejos de restringir mis investigaciones, seguí introduciéndome, solitario, despacio y silencioso por cada rincón. El almacén era un caserón de madera de alerce que me parecía enorme en aquellos tiempos. Allí se encontraba de todo: frutas secas dentro de toneles cortados por la mitad y arrimados al muro, aromáticas cebollas en escabeche, caramelos en frascos sobre los largos mesones del despacho, los mismos que me causaron más de una indigestión. Los tíos, que atendían gente todo el día, me dejaban hacer y padecer. La mezcla de olores a pescado, mariscos, ajos, cilantro, café en grano molido y toda clase de alimentos conformaban un gran catálogo aromático. Me entretenía mucho: identificaba los alimentos a ojos cerrados, sobre todo cuando el viento, que se colaba por la puerta y las ventanas, movía el aire.

En mis exploraciones del almacén encontraba de todo: sacos de arroz en el suelo, blancos sacos de harina, sacos de arpillera con porotos, lentejas o garbanzos amarillos; todos ellos arremangados para la faena del día a día. Grandes rollos de telas, algunos de un solo color, otros con motivos sencillos destinados a vestidos y camisas. También había herramientas agrícolas, rollos de cordel y alambre colgados en las paredes de tablas de lingue y alerce, enseres domésticos, artículos de pesca, trampas diversas, escopetas de uno o dos cañones y el arma personal del tío Luis, que permanecía guardada en el cajón.

La Beretta M15 bien engrasada, era mi delirio; resultaba irresistible su bella silueta enfundada en la cartuchera de cuero. El tío la conservaba como nueva. Cuando él viajaba, yo la sacaba del cajón y la tía Helga me daba quince minutos exactos

para contemplarla y jugar, a sabiendas que estaba descargada. Ella conocía lo suficiente de armas como para cuidar el almacén y las tierras durante las ausencias del tío Luis.

En mi infancia, ir a Chiloé siempre fue un acontecimiento excitante. Recuerdo que preparaba mi maletita dos semanas antes para estar listo para el gran viaje. Era como ir a otro país, pues allá se hablaba ‘cantadito’, diferente a como se habla en Santiago: seco, sin muchas inflexiones y comiéndonos letras. En esos tiempos el viaje tomaba varios días: tren a carbón hasta Puerto Montt, bus hasta el Canal de Chacao, ferry o lanchón a la Isla de Chiloé, bus a Castro, barco a Quellón. El barco era la motonave ‘Calbuco’, que me parecía el mayor de los cruceros.

La mejor opción era llegar en barco de noche. Para desembarcar se usaba un bote, porque debido a su gran calado el buque no podía acercarse mucho al muelle y quedaba anclado a la gira, a unos doscientos metros de la costa. Era toda una aventura subirnos al bote bamboleándose a babor, con mi madre chillando a causa de los nervios, “Carlos, ayúdame, no me sueltes”, y mi padre haciendo de chilote avezado en cosas del mar, tomándola silencioso para que subiera, quizás algo avergonzado por la escena. A mí me gustaba saltar desde la escalerilla del barco al bote cuando este subía con las olas: así demostraba que era digno hijo de mi padre. Me gustaba parecer un chilote de verdad. Hablaba cantadito para que no descubrieran que era un capitalino; yo notaba que ser de Santiago no era un pasaporte a la confianza en el Sur. Imaginaba intensas aventuras de piratas mirando la costa con sus lejanas luces brumosas delineando casas y calles: un par de filibusteros remaban hacia el muelle transportando pasajeros y bultos, a veces con lluvia torrencial, que aumentaba el nerviosismo de mi madre.

A la amplia y acogedora casa de los tíos, hecha con bellas tejuelas de alerce, con una decoración interior alemana diseñada por la tía Helga, llegaban los miembros de la familia dispersos por la zona para comer con nosotros y narrar su diario

vivir marcado con los escasos matices de una vida sencilla. Mis padres, citadinos y por ende con muchas cosas que contar, se abstenían de hablar demasiado para no causar mala impresión. Traíamos discos de moda para colocarlos en la vieja tornamesa y aumentar la reducida variedad local. De lo contrario era una lata escuchar la ridícula y pasada de moda canción “Juanita Banana” o unos cuantos discos de tangos y boleros, invariablemente los mismos. Qué decir del cuasi himno “El lobo chilote”, oído hasta el cansancio en todas las oportunidades posibles, año tras año. Tras la cena, el tío Luis servía licor de oro o apiado en vasos pequeños, a todos, incluso a mí. Esos licores no me afectaban. En cambio el *enguindado*, con esas malditas guindas chicas como pasas rodando al fondo de la botella, trasminadas de alcohol, me dejaba hablando leseras. A veces, a hurtadillas de los adultos, me comía unas cuantas, a menudo demasiadas, con las inevitables consecuencias. Entonces todos se reían a mi costa y con bastante frecuencia me convertía en el número favorito de la ocasión.

La hora que más esperaba era el momento en que el tío se levantaba de la mesa, iba a su silla predilecta y me sentaba en sus rodillas. Mientras tanto, sin nosotros, la tertulia continuaba hasta tarde. Allí me contaba historias marinas: las del Caleuche con su tripulación de brujos fantasmas; el Imbunche saltando entre los bosques en un solo pie, porque el otro lo tiene metido en su espalda; el feo Trauco embarazando a las niñas solteras de la Isla (aún hoy se cuenta que suele ocurrir); o la hermosa sirena Pincoya, que cuando por la mañana baila de espaldas a la costa, anuncia buena pesca, y cuando lo hace al revés, advierte que escaseará la comida. Así el tío iba mostrándome en vivos colores el poblado panteón de seres mitológicos de la isla de Chiloé, tan alejada del mundo en aquellos tiempos. El tío Luis y la tía Helga no tuvieron hijos; como sus hermanos tampoco tenían hijos pequeños a quienes regalar, yo era lo más parecido a uno.

De niño yo veía al tío Luis como un enorme oso que me tomaba entre sus brazos grandes y fuertes como troncos para

narrarme historia tras historia, agitando las manos y utilizando voces roncadas de diverso tipo para provocarme miedo. Me gustaba sentir ese miedo a lo desconocido, imaginar los húmedos abismos verdeoscuros del mar, conocer las correrías de los brujos de la Cueva de Quicaví, subir al lomo de las serpientes gigantes Ten Ten Vilú y Cai Cai Vilú, trenzadas en eterna lucha, y viajar por sus rutas en el espacio marino. Me adentraba con tanta intensidad en sus relatos, que podía escucharlo durante horas. Después, claro está, me costaba dormir rememorando a estos temibles personajes ancestrales.

A los diez años cambié las rodillas del tío por una silla, pues ya experimentaba vergüenza. Empezó a matizar las archiconocidas historias con sus propias vivencias, tan adornadas que él también adoptaba la estatura de un personaje mitológico real. Nunca dejé de verlo con mucho respeto y admiración.

En aquella época lejana, nuestro juego favorito con el tío era dibujar un círculo y dividirlo en las horas del reloj, siempre de izquierda a derecha. Primero en un bloc de dibujo, con un lápiz; después en grande, en el patio, con cordeles y estacas, o cavando agujeros en el suelo con una pala. Más adelante, a ese juego le agregó los conceptos de latitud y longitud; me enseñaba a reconocer las principales estrellas y a memorizar los nombres de los aparejos de un barco. Con él aprendí a ver la hora antes que el común de los chicos de ese tiempo, a caminar a oscuras y sin miedo por el patio, a seguir un rastro y preparar trampas, además de muchas otras habilidades envidiables. Mis padres se sentían felices con estos aprendizajes. Pienso que su esfuerzo por ir a Chiloé cada año tenía algo que ver con la conservación de las tradiciones familiares, que en la capital se perdían sin remedio. Mi papá fue un fiel amigo y admirador del tío. De hecho, después supe que cuando jóvenes habían salido juntos de remolienda; y al parecer le había perdonado todos los pecados de los que tuvo conocimiento, que —imagino— no eran pocos.

El tío era un hombre con mucho recorrido: se había hecho a sí mismo luchando para hacerse una posición en la vida, aunque

su padre era un rico terrateniente de la zona. La brutalidad del tío Luis, heredada de sus tiempos de marino lobero, era evidente. Cuando era muy pequeño, me regaló un gansito para que jugara y me entretuviese en el inmenso patio. Un día, a la hora de la cena, mi gansito estaba servido en la mesa.

—Eso para que te hagas hombre —precisó cuando ya lo habíamos devorado; así me percaté del crimen.

Nadie habría creído que mi tío Luis había estudiado más allá de la escuela primaria. No se le notaban los dos años de medicina en Concepción. Tenía un aire de hombre bruto por el cual era temido; pero yo sabía que él era muy distinto.

En las últimas ocasiones en que el tío me refirió historias, antes de desaparecer de mi vida, optó por narrar algunos segmentos de su biografía sin mistificación alguna.

Su padre, don Manuel, era dueño de muchas tierras en el incontable archipiélago chilote, incluso islas completas cerca de Quellón. Tenía animales y muchos negocios. Luis era su único hijo, pero —como muchos hijos de rico— era flojo y nunca se interesó en los negocios. Por eso don Manuel vivía enojado con él. Estudiar medicina fue una estrategia para aliviar la tensión con el viejo, pero no hubo caso con los estudios, era flojonazo. Atisbando que le quedaba poca vida, un día don Manuel llamó a su hijo y le dijo:

—Lucho, no esperes heredar nada de lo que tengo, porque eres un flojo de mierda. No has aprendido a manejar ni la tierra, ni los animales, nada. Perderías todo a la primera oportunidad. No te hiciste médico de puro flojo, porque seso no te falta. Ya estoy cansado y desilusionado de ti. Para mí es importante que nuestras posesiones queden en manos de la familia, ¿entiendes?, en manos de un hombre fuerte y capaz, como esperaba que fueras. Como último intento, te voy a poner una prueba. Si la pasas, me heredarás, y si no, le voy a donar todo a la iglesia, ¿estamos?

La prueba consistía en recorrer los canales, junto a dos huilliche, para cazar lobos marinos en los canales de más al sur, hasta que hubiese acumulado una pequeña fortuna con

las pieles: lo necesario para comprar una parcela en la zona. Esa fue la meta propuesta para un máximo de tres años. Una chalupa, dos rifles Winchester, varias cajas de municiones, anafe de parafina Primus, latas de combustible, medicinas y algunos cuchillos fue todo lo que su padre le permitió llevar. Solo podrían reabastecerse en los poblados que encontraran, haciendo trueque con las pieles, pero sin volver por ningún motivo; de lo contrario se perdería la herencia. Don Manuel se las traía, tenía su escuela el viejo.

—Al principio fue bien difícil —me contó el tío—. Los lobos estaban en la parte alta de las rocas y debíamos dispararles con el Winchester desde el bote en movimiento sobre el lomo de las olas. Luego, antes que se hundieran, había que ir a buscarlos a la rompiente, corriendo muchos peligros. Demoramos meses en aprender a sacar las pieles enteras para que tuvieran valor. Para no arruinarlas, nos estaba vedado dispararles en cualquier parte. Imagínate, niño —me reventaba cuando me llamaba así—, que las usábamos hasta para hacernos la ropa. Al principio yo pensaba que el viejo me mandaría con hombres duchos, pero no fue así; los dos huilliche estaban tan precariamente preparados como yo. Sabían más acerca de la naturaleza, eso sí: cómo reconocer los vientos cargados de agua, cómo engrasarse el cuerpo para capear el frío, esa clase de cosas. Hoy en día ya no quedan huilliche como aquellos, los extinguió la civilización. A uno tuve que operarlo de un tumor en el estómago, sin más recurso que un cuchillo y una botella de coñac, desinfectante y anestesia a la vez. Casi murió; después se convirtió en mi más leal compañero; harto duro era el tipo. El mal tiempo a bordo de la chalupa era difícil de capear, debíamos cubrirla con una lona y fondear en alguna playa. Rara vez nos quedábamos mucho tiempo en un pueblito, porque yo temía que mi padre averiguara que estábamos flojeando allí.

Me relató este período con gran detalle. Entre los pormenores no faltaron naufragios de la chalupa, hambrunas, disputas entre ellos y combates con otros loberos a punta de cuchillo y con un

tobillo amarrado en las cantinas de los puebluchos, tal como se acostumbraba entonces: Historias que me ponían los pelos de punta. Un buen día, mientras cabalgábamos juntos, me dio la noticia que cambiaría mi futuro.

—Sobrino —anunció con aire solemne al ritmo de los caballos—, lo que te voy a decir es solo para ti. Te conozco harto, sé que tienes harto seso y que tendrás muchas más posibilidades por ser hombre de ciudad —eso me gustó, me trató de ‘hombre’—. Tal vez me queda poca vida, ¿sabes? —quedó en silencio, sin expresión del motivo, mirando al horizonte lejano. Yo atiné a asentir, quedé como paralizado: para mí era un ser inmortal, indestructible. Me fue invadiendo la pena al asociar la muerte con la inevitabilidad de no verlo más, pero me preparé para recibir una noticia importante. Quería estar a la altura de la confianza que me mostraba el tío Luis.

Después de un buen tiempo cabalgando al paso, nos habíamos alejado bastante de Quellón hacia el sur.

—Usted dirá tío —me atreví a decir con respeto, mirándolo a los ojos.

Detuvo su caballo en un promontorio desde el cual se veían a la distancia el mar con sus canales e islas. Inusualmente, el día estaba despejado y sin nubes. Me acomodé sobre el “Colpa”, erguido como prócer de estatua, con las riendas firmes, y escuché con atención.

—Mira —dijo indicando a lo lejos— ¿ves esa isla allá?, esa, la más chica del grupo. Escúchame bien, porque esto no lo diré dos veces. Quiera Dios que esté haciendo lo correcto contigo —yo empezaba a sudar a esa altura del discurso y, tal como hacen los caballos, alisté mis oídos para escuchar su voz ronca.

—Muchacho, llegará el día en que serás un hombre hecho y derecho. Entonces tendrás independencia de tus padres y podrás hacer las cosas que consideres correctas, ¿de acuerdo? —esta pregunta me la formuló solo para auscultar mi estado de ánimo. No necesitaba decirlo; yo era todo oídos y tenía los ojos abiertos como lechuza. Asentí vigorosamente con la cabeza.

—Mira —repitió— cuando en el futuro estés realmente preparado, deberás ir solo a esa isla —la volvió a señalar—, completamente solo. Nadie deberá saber de esto, ¡nadie! —enfaticó la voz, mirándome para ver si asimilaba a cabalidad sus instrucciones.

—Buscarás una roca, la más alta que hay. Allí encontrarás una cueva. Dentro de ella hay un cofre para ti, con un regalo y un encargo, ¿entendiste bien?

La verdad no entendí, era muy extraño lo que me dijo, pero él era un personaje extravagante. No se parecía a ninguna otra persona que hubiera conocido. Asentí de nuevo y le prometí nunca revelar nada acerca del asunto y que más adelante cumpliría con lo que me había solicitado. Dejando el tono grave que había ocupado en su revelación dijo:

—Bueno, confío en ti, es muy importante este encargo. Vámonos y regresa cuando te sientas capaz de subir por el cofre —tras una breve pausa sujetó con firmeza las riendas de su caballo y enfilamos a Quellón.

CAPÍTULO II

LA BÚSQUEDA

Justo a partir de ese momento dejamos de ir a Quellón en vacaciones. Mi padre me contó que el tío Lucho estaba preso en la cárcel de Puerto Montt por un crimen cometido. Él viajaba a visitarlo cada cierto tiempo desde Santiago. Me contaba que mandaba saludos y que, dentro de lo posible, estaba bien. Me costó mucho asumir que mi tío hubiera “cometido un crimen”; no entendía cómo esa podía ser la verdad. Desde que supe que estaba preso me dediqué a escribirle cartas al tío para darle ánimo.

En pleno otoño de ese año, en que no fuimos a Quellón, nos cayó la noticia como una roca enorme que quisiera aplastarnos, el tío Lucho fue encontrado muerto, en muy malas condiciones, en una isla cercana a Quellón. El impacto que nos provocó fue enorme. Hicimos duelo varios días, me fue pésimo en el colegio, mi padre se alteró mucho y su carácter se endureció; recuerdo haberlo visto nervioso con mucha frecuencia.

En casa nunca más se conversó del tío, ni siquiera se mencionaba Quellón para nada. Sin embargo, cuando se acercaba la temporada de vacaciones, a todos nos invadía una nostalgia que tratábamos de paliar, cada cual a su propio modo.

Pasaron varios años hasta que llegó el día en que mi padre tuvo un paro cardíaco fulminante y falleció. Lo encontraron tirado en una calle, lejos de la casa. Su ropa estaba muy sucia y por la expresión de su rostro nos pareció que había sufrido mucho. La pena me duró mucho tiempo; al atardecer me imaginaba a mi padre y al tío Lucho cabalgando juntos sobre los lomos de Cai Cai y Ten Ten Vilú, siguiendo al Sol, rememorando mis

escenas infantiles. Sin embargo, la realidad me atrajo a tierra muy pronto y me hizo madurar. La economía familiar se echó a perder con mucha rapidez debido a la muerte del jefe de familia y nos las vimos duras. Me esforcé por ser un buen alumno en el colegio y luego me propuse salir de la carrera en la universidad en el menor tiempo posible.

Estudí leyes por seis largos años; me fue bien. En las noches trabajaba de mozo en un restorán para ayudar en la casa; junto con una beca bien ganada, logramos sortear los gastos con la vieja. Pasaron los años y las cosas se compusieron; la misma universidad me contrató para hacer clases. Por otra parte, formamos una empresa de asesorías legales con unos colegas; eso más adelante me permitió viajar para adquirir una especialidad y perfeccionarme.

Con el tiempo, de Quellón supimos que los parientes del tío trabajaban en el campo que habían heredado y que les iba bien. Bien tarde supe que el crimen del tío había sido asesinar a su esposa, la tía Helga. Me costó asumirlo; mi madre me contó una tarde cualquiera que mi querido tío Luis era un asesino. El héroe, el inspirador de mi fantasía infantil, había matado brutalmente a su propia mujer.

Lo que don Manuel le había entregado a su hijo Luis era gran parte de sus posesiones. Fue fiel a su promesa. Al casarse Lucho con Helga, habían establecido el almacén más grande de Quellón. El almacén quedó en manos de sus parientes: todos se encontraban acomodados en su buena fortuna. Ninguna comunicación mantuvimos con los herederos, los nexos habían muerto.

La vida me tragó por muchos años. En mi mente se hizo un vacío respecto a la ambivalencia del personaje “tío Lucho” brujo, sabio y asesino. Había olvidado la promesa de viajar a la isla a buscar el cofre. Un día de verano caminaba despreocupado con unos colegas por una feria de barrio en Madrid, cuando me invadió una mixtura de olores familiares: pescado, hortalizas, especias, legumbres, hierbas. Me planté en seco con los ojos cerrados para disfrutar los aromas, igual que cuando era niño.

Evoqué al tío Luis, a Quellón, a mi padre, mi infancia en el Sur y sentí pesadumbre por haber tenido que llegar a un lugar tan distante para recordar esas buenas experiencias. Así nos ocurre: de repente uno se debe hacer cargo de todo sin más, como si el ‘peso’ de la vida lo esperara a uno tras una esquina y se nos aupara de un salto en el lomo, sin soltarnos más, hasta que uno se hace viejo y pasa a ser la carga de los que vienen, en un ciclo ritual e infinito.

Me fui al hotel a repasar los detalles. La ráfaga de aromas había despertado una zona clausurada en mi cabeza. Mi memoria de infancia andaba mal por el rechazo a la figura del tío, pero después de algunos esfuerzos recordé la promesa: “deberás ir solo a esa isla, completamente solo. Nadie deberá saber de esto, ¡nadie! Buscarás una roca, la más alta que hay. Allí encontrarás una cueva. Dentro de ella hay un cofre para ti, con un regalo y un encargo”.

De repente esa historia olvidada regresaba de golpe, apenas lo podía creer a esa altura de mi vida, habían pasado tantos años. Era una invitación a participar en una nueva versión de ‘La isla del tesoro’, una aventura de piratas en el presente, como la novela de Stevenson. No podía imaginar lo que contendría ese cofre. El tío ya tenía bastante dinero en ese tiempo; tal vez me había dejado un tesoro de verdad, monedas de oro y joyas. “¡Ya!, qué estoy pensando, soy un hombre grande, un pailón y no un pendejo”, pensé. Decidí no elucubrar más ideas tontas, no tenía ningún indicio confiable como para seguir dándole vueltas al asunto. Lo mejor era ir allá sin más cuestionamientos, hacerme con lo que estuviera dentro de esa caja, si es que alguien no se me había adelantado. En ese entonces hice una promesa de verdad a mi tío. Ahora iba mucho turista a Chiloé, las cosas habían cambiado. Allá investigaría, quizás podría hallar una explicación para la muerte de mi tía.

Se había producido el reencuentro con el tío Luis.

Esperé las vacaciones del año siguiente. Necesitaba unas semanas libres para la exploración y mi trabajo en Santiago

era intenso. Partí en febrero a Quellón en la camioneta, sin compañía. A mi novia le fue difícil entender mi alejamiento, sin que hubiera mayores explicaciones de por medio. ¿Qué podía decirle? Al llegar tras el largo viaje, me hospedé fuera de la ciudad, en un camping de mochileros, con el fin expreso de no encontrarme con ningún conocido. Seguramente no me habrían reconocido por los buenos años transcurridos y gracias a los bigotes que me dejé. Habría sido fácil encontrar antiguas amistades, pero lo evité para no tener distracciones y cumplir con la promesa a mi tío.

Me acerqué a un tipo que arrendaba botes y practiqué la boga hasta manejarme bien en la tarea. Llevaba un equipo de excursión completo, apto para pasar varios días en la isla. Antes debí recorrer el camino hasta el promontorio para ubicarla geográficamente. Estaba bien diferente el camino, me costó bastante dar con él. La ciudad de Quellón estaba crecida, inundada de industrias conserveras con afuerinos trabajando. El promontorio estaba convertido en un mirador al que por las tardes llegaban muchas parejas cariñosas en sus autos; también abuelos para leer en las bancas dispuestas frente al mar. Haciéndome el turista simpático, pregunté por el nombre de las islas que se divisaban a lo lejos.

Laitec, ese era el nombre. ¿Por qué no lo recordaba? Seguramente el tío nunca lo dijo por ser algo obvio para él. Arrendé el bote y partí a Laitec. Fracaso total, estaba a unos cinco kilómetros: no me la pude remando. El viento y las corrientes de la marea me desviaban. Jugar al agente secreto no estaba resultando. Resolví viajar como cualquier turista, en lanchón colectivo. Devolví el bote e hice la pérdida del pago inicial convenido. A medida que nos acercábamos, la isla se iba haciendo muy grande. Cuando niño me había parecido un miserable roquerío al medio del canal. Así la vi también ahora desde el promontorio.

Laitec es una isla alargada, de unos dos kilómetros de ancho por diez de largo, según informó el lanchero. Observándola

desde el cerrito donde mi tío y yo nos detuvimos con los caballos ese lejano día, se veía insignificante. ¡Diez kilómetros! ¿Cómo iba a saber dónde buscar? ¿Por dónde empezar? Recordando que el lugar señalado por mi tío estaba sobre una roca alta (como para que tuviera una cueva), le pregunté al lanchero acaso había roqueríos peligrosos para evitar ir a bucear por allí.

Casi no había roqueríos a la vista, ni nada más alto que las colinas boscosas. Yo había imaginado una especie de Peñón de Gibraltar, nada más lejano a eso en esta isla. Cuando pusimos pie en la Isla Laitec, resolví que diez kilómetros era una distancia razonable para caminar, sobre todo en un lugar tan bello. Podría dar la vuelta completa en menos de una semana, tiempo suficiente para explorar con tranquilidad, orillando por la playa. Ese mismo día comencé mi recorrido; decidí partir dando la vuelta en el sentido de los punteros del reloj. Me aprovisioné de víveres livianos; día tras día avanzaba, encontrando muy pocas personas. Acampaba, recorría lo que me llamaba la atención, seguía trasladándome. Había parajes difíciles de transitar y eso veces me demoraba. Sin embargo, nada se parecía a la “*roca más alta*” del tío Lucho. Como recordé cuando me contaba tantas historias fantásticas, al tercer día de camino empecé a dudar ¿No sería un cuento más, un cuento póstumo a modo de broma? Me reí. Claro, bien capaz que era el viejo zorro. ¿Por qué no lo pensé antes? Quizás me quedaba un remanente de ingenuidad infantil.

Bueno, me dije a mí mismo, ya estoy aquí, sigamos disfrutando el paisaje. En las mañanas salía a trotar por la playa o por algún sendero ignoto. Desayunaba y levantaba el campamento para seguir buscando. Casi al llegar a la otra punta de Laitec, encontré un roquerío de mediana altura. Me puse a explorar las diferentes rocas, pero no hallé trazas de la cueva. Continué dando la vuelta y unas cuadras más adelante encontré otro roquerío, pero tampoco hallé nada interesante. Al final llegué sin novedad al punto de partida. Mis días de vacaciones menguaban y me puse a calcular con pesimismo las

probabilidades de éxito. Ganaba la tesis de la broma póstuma. Sin embargo, recordé la seriedad y la emoción con las que el tío me reveló el secreto, y la convicción con que hice la promesa de venir a cumplir con el encargo. ¡Qué mierda! Para esto vine tras tantos años. Resolví quedarme hasta haber peinado la isla completa. Las orillas eran los lugares donde se encontraban roqueríos; averigüé que hacia el interior no los había. Vamos, todo de nuevo.

Fui con más velocidad esta vez, sin perder tiempo. Tal vez eso de *'más alta'* era relativo o no recordaba bien el concepto. Cuando llegué al sector de roqueríos, revisé todo de nuevo, pero no hallé algo que evocara la existencia de una cueva. Me puse a reflexionar de nuevo y resolví quedarme un día para meditar e investigar, ¿qué sería eso de 'cueva' para el tío Lucho? Para mí una cueva era un lugar como los de las películas, donde uno puede entrar parado y caminando; tal vez para un viejo lobero como él la cosa era diferente. Quizás una cueva en su diccionario era una grieta en la roca o un espacio entre dos rocas. Me puse a buscar 'cualquier cueva', sin un patrón fijo. Nada. Seguí hasta el otro lado, donde había visto un roquerío cubierto de una magra vegetación y me puse a buscar; ya no había más posibilidades, así es que me puse manos a la obra. Pasó una lancha pesquera y nos saludamos a la distancia con los viejos. No había turistas cerca, tampoco lugareños. Podía trabajar tranquilo; si alguien llegaba, yo era un geólogo estudiando rocas, así de simple.

Al atardecer de ese día ya estaba cansado. El Sol dejó una zona en penumbra entre las rocas, de una manera que me dejó ver algo parecido a una hendidura en la más grande, que estaba cubierta por matorrales. Subí, esperanzado, y limpié bien el lugar. No había una entrada, pero sí reconocí un estuco por los bordes, formando una especie de tapa. El estuco era casi tan oscuro como la piedra, aunque no tenía la misma rugosidad: así lo reconocí. Con el cuchillo empecé a sacarlo; por suerte salió con facilidad. Me agité por la emoción, mi corazón palpitaba acelerado y debí parar un rato: era lo que buscaba. Debajo de esa

capa de estuco había otra cuevita, también cubierta. Diablo el hombre; si cedía la primera tapa, la segunda seguiría ocultando su secreto. Me sentí seguro, estaba claro que no había sido una broma ni un cuento más del tío Luis.

Esta segunda tapa me costó bastante retirarla porque estaba muy adentro: apenas cabía un solo brazo y a la altura de la cintura. Incómoda posición, pero muy inteligente. No era una cueva, pero era factible esconder en su interior algo como un cofre. ¡Sí! Ahí estaba, al fondo del pequeño y estrecho túnel. Sudé como bestia, fueron unos quince minutos de trabajo. Cabía justo el brazo, con la punta de los dedos logré extraerlo poco a poco. No era un cofre de cuento de piratas (confieso avergonzado que esto me decepcionó), sino una caja de cobre de porte insignificante, pero representaba la promesa cumplida del tío Lucho. Antes de abrirla, disfruté pensando que contendría un ‘regalo’ para mí; también un ‘encargo’ realizado veinte años atrás en el tiempo. Puf, no podía con la ansiedad, me transpiraban las manos; no había madurado mucho desde la pubertad, lo admito. Respiré con profundidad el frío aire y contemplé el entorno. Me había abstraído por completo. Vigilé el mar y constaté que seguía solo.

Abrí el cofre sin dificultad. A pesar del paso de los años estaba intacto: el doble sellado de estuco cumplió su misión a la perfección. La caja en sí era poca cosa, pero contenía emociones muy bien guardadas. Mi vista y mi mano derecha se dirigieron al ‘regalo’, mientras sostenía la cajita con la izquierda, medio encaramado en la roca. Era un hermoso reloj de plata de bolsillo, un bello Longines de gruesa cadena. Tenía una tapa que debí limpiar con el pañuelo, antes de abrirla, porque el ocurrente tío le había aplicado una capa de aquella grasa con la que cubría sus armas para preservarlas de la humedad. Por dentro la tapa tenía la foto redonda de una pareja en blanco y negro y regular estado. La imagen no era del tío Lucho ni de la tía Helga, ¿a quiénes correspondería? Tal vez a sus padres. Le di cuerda al reloj ceremoniosa y lentamente, sintiendo la resistencia del

resorte al enrollarse con la presión de mis dedos. Recordé que mi padre me había contado que cuando niño sacó el primer lugar del curso y su tío cura de Puqueldón le regaló un reloj de plata. Era la moda de premio en aquellos tiempos. En los míos, las compensaciones eran un palmazo en la espalda y un “bien hijo”, cuando mucho. Mi padre conservó ese reloj muy poco tiempo, porque era un vividor; en Concepción lo empeñó en la “tía rica” y lo perdió para siempre. ¿Sería este el concepto de ‘regalo’ del tío Lucho? Bueno, si era así, qué hermoso obsequio. Gracias, Tío Lucho, dondequiera que vagues ahora, montado sobre Cai Cai Vilú. Me emocioné con esta idea. De pronto mi vista reparó en una carta de amarillento sobre dentro del cofre. Se encontraba tan ajustada al fondo que era difícil verla. La consideré una especie de colchón para proteger al reloj. Por fortuna, el sobre no se había adherido al metal y pude sacarlo intacto. Oscurecía rápido y decidí armar el rancho para descansar; después revisaría el “encargo”.

Me lo tomé con calma, aunque en la boca del estómago tenía instalada esa sensación de vacío propia de la tensión nerviosa. Ansiaba saborear el rencuentro con el personaje favorito de mi infancia. Preparé un café bien cargado y le añadí “malicia” para ganar calor esa noche que sería larga, según sospechaba. La carta tenía varias hojas escritas con lápiz grafito, bastante claras a pesar del tiempo transcurrido. Le regalé al cuerpo unos panes con salame y queso y unos milcaos fríos antes de prender la lámpara de gas. El ruido del mar y el viento hicieron de telón de fondo otorgándole solemnidad a la lectura de la carta. El aire estaba frío aunque amigable, así que me quedé leyendo afuera de la carpa. Abrí la carta con cuidado y con sumo respeto comencé la lectura.

“13 de marzo de 1945. *Querido sobrino. No escribo nunca cartas así que perdona la redacción y la ortografía. Me imagino que si eres hombre de palabra como pienso que serás de adulto, estarás leyendo esto solo en la isla. El reloj es el regalo para ti. A mí me lo regaló mi padre cuando volví del mar luego de los tres años*

de penitencia o de prueba, según como se tome. Quizás porque ya traía cara de hombre con mi barba descuidada, algunos recuerdos de golpes y tajos en la cara, y un ojo medio cerrado que me quedó para siempre, o quizás porque le quedaba poco tiempo. El viejo me abrazó sin lágrimas pero callado y en el acto, sin decir palabras me obsequió su reloj, lo más importante que podía hacer un padre en esas épocas, regalar su propio reloj al hijo. Tal vez entregaba su herencia, no las tierras sino su linaje con esto y yo te lo heredo a ti. Consérvalo porque es como un ancla hacia los ancestros. Tu tío, tu tío abuelo, la foto de mis abuelos paternos y así tú lo harás con tus hijos. Eso me gustaría bandido, que tengas varios niños”.

Tomé aire. La carta me emocionó y corrieron algunas lágrimas. Pensar que cuando la escribió la hizo para un hombre maduro, siendo que en ese tiempo conversaba con su sobrino niño. Inconscientemente apretaba al pobre reloj con la mano izquierda, que comenzó a dolerme, así que lo dejé en el suelo para seguir leyendo. Me sentía feliz porque el tío había cumplido su promesa y yo había cumplido con la mía. Esto ocurría tantísimos años después, y sin embargo él estaba allí, lo sentía presente; era muy emocionante. Miraba el reloj, la forma como giraban las manecillas comandadas por el rítmico tic tac, luego la carta, y así evocaba recuerdos felices de esa época. Olvidé la marca de “asesino” con que lo había almacenado en un rincón de mi memoria de niño. Tras estirarme en mi posición y tomar el resto de café, continué leyendo.

“Ahora el encargo cabrito. A unos setenta kilómetros al sur de donde estás ahora, está la isla de Melinka. Debes ir allá bien preparado para cumplir con este encargo. El lugar, bueno, —borrón— supongo que estamos claros que el secreto es entre nosotros, no puedes hablar de esto con nadie hasta que encuentres lo que te voy a decir. No sé si te costará creerlo, pero este tema es de vital importancia, todo es complicado, no sé por dónde empezar y no sé expresarlo bien por escrito. En estos días ando nervioso, hay muchos problemas con el asunto de la guerra en Europa. Es divertido pensar que cuando te encuentres con esto ya no habrá

guerra y el mundo funcionará mejor, no como ahora cuando hay mucha gente, incluido yo, que la pasa muy mal; estoy en serio peligro de muerte”.

¿Serio peligro de muerte, qué significaría esto? La ‘conversación’ estaba tomando otro cariz.

“Cuando tengas todo claro en Melinka, deberás decidir por ti mismo lo que harás porque yo ya no estaré. Confío plenamente en tu capacidad para decidir lo correcto, es un asunto grave. Es tan grave, que te enterarás de por qué los nazis no llegaron a establecerse en Chile como planeaban, pero saberlo te puede costar caro. No creo que tu padre te haya contado nada, aunque siempre me apoyó. Sabía lo justo, no quise comprometerlo demasiado y lo mantuve lejos de todo peligro.

Gracias a que un marino de la Armada me enseñó a medir las posiciones geográficas con instrumentos que compré, pude anotar las coordenadas del lugar exacto donde debes ir. Por eso digo que tienes que prepararte y aprender esas cosas. Tienes que ubicar en Melinka un punto a los 43° 54’ 2.4” de latitud sur y a los 73° 44’ 42.13” de longitud oeste.

Cuando andábamos cazando lobos en los roqueríos de Melinka, un día en que el mar estaba muy picado, la chalupa se zarandeaba más que de costumbre. Con la puntería que nos dio la experiencia y la escasez de balas, éramos capaces de cazar lobitos con un solo tiro. Cuando nos acercamos a la rompiente a buscar a los popis, el mar subía y bajaba cerca de cuatro metros. Hasta a nosotros con la experiencia que teníamos nos daba susto, pero era un buen lugar para cazar. Allí divisé algo que me sugirió ser una cueva, supuse que era como un tubo hecho a mano hacia adentro con bordes marcados a cincel, tallado en la roca arenisca. No se notaba a un golpe de vista y cuando mucho solo se veía el borde superior en la bajada de la ola. Me fijé que los huilliche Juan y José (los “bíblicos” les decía por embromarlos), no la habían visto; como me pareció interesante, me hice el tonto no más. Dejé una marca en cruz con el cuchillo, como siempre hacíamos cuando un lugar era bueno y nos fuimos. Como estábamos terminando el tercer año

y luego volveríamos a Quellón con suficiente plata, dejé la marca bien hecha para que no se borrara, pensando en volver solo. Había muchas historias de piratas antiguos que se contaban cuando yo era niño y bueno, pensé entonces, tal vez había algo interesante que buscar.

Cuando regresé meses después con un lanchón a motor del viejo, me puse a mirar cuando la marea estaba baja. No podía ser trabajo de piratas, porque se notaba el cincelado de los remates. Algo antiguo estaría menos marcado, menos nítido. La boca de la cueva, de la que solo se divisaba apenas una línea de su parte superior, dejaría pasar una sola persona buceando, bien acostada, y no se veía fácil, porque el mar nunca la despejaba por completo, se veía como una cornisa. Entonces yo no estaba en condiciones de entrar, porque era peligroso y había que ser buzo. Me devolví, me tomé el tiempo para aprender a bucear con los pescadores, compré equipo autónomo y entré, pero ¿sabes? el resto de la historia está en un cuaderno donde fui anotando las cosas que pasaban. Esto lo hago por tu seguridad, deberás evaluar cómo están las cosas en tu tiempo para asumir esta responsabilidad. No te quiero exponer, no conozco el futuro, no sé cómo terminará lo que está ocurriendo ahora. El cuaderno está escondido allá, de la misma manera en que te dejé esta carta, al fondo a la derecha de esa cueva. Lo primero que debes hacer es sacar el cuaderno. No toques nada, acuérdate bien de esto, ¡no abras la puerta de fierro! Otras personas entraban a esa cueva y pueden haber dejado activada una trampa. Hay guerra en el mundo en este tiempo, tú eres un hñeñico apenas, pero yo supe muchas cosas. Debes ir ahí y enterarte de lo que pasa, o “pasó” debiera decir, cuando vengas por aquí (suena raro, ¿no es cierto cabrito?). La guerra parece que se está terminando ahora, pero tienes que decidir lo que harás con lo que encuentres, tú solo, al igual que yo, solo. Ahí está el verdadero secreto querido sobrino. Creo que tú eres diferente y vendrás cuando todo haya pasado, no correrás peligros. Este es mi testamento para ti. Anda con mucho cuidado, son muy peligrosos el mar y las gentes, pero sobre todo las gentes.

Tu tío, que te quiere y que confía en ti. Tú, confía en mí”.

Me quedé helado tras leer la carta de un tirón. “*Confía en mí*” era la frase que necesitaba para ir a cumplir su encargo. La leí y la releí diez veces para entender cabalmente lo que me estaba diciendo. El tío Lucho, con su aspecto de tipo bonachón y su pasado de lobero y estudiante frustrado, escondía muchas habilidades y virtudes. La carta me parecía bien redactada y no leí nada que pudiera parecer un ‘mensaje oculto’. Para obtener coordenadas geográficas, me imagino que eso no puede lograrlo cualquiera, el hombre se preparó bien. ¿Qué tiene que ver la Segunda Guerra Mundial en todo esto? ¿Quién o quiénes tallarían una cueva en una isla apenas habitada del Pacífico tan al Sur? ¿Habría todavía algo en esa cueva, tras los años transcurridos desde el fin de la guerra? Es mucho tiempo.

Otro asunto que daba para pensar era que el inteligente tío Lucho se dio cuenta de que toda esta trama, me refiero a mi eventual continuación de su historia, ocurriría décadas después. Nadie se preocupa de la historia que vendrá después que uno se vaya, pero por lo visto él sí lo hizo. ¿Era una maquinación de su mente? ¿Estaba medio loco? Demasiadas preguntas. Sí, esa noche no dormiría bien. Vendrían muchas otras preguntas en el tiempo por venir.

Desde luego en ese momento no era capaz de hacerme cargo de actuar, así que volví a Santiago. Cuando disponía de algún tiempo, entre los pleitos y los cuidados a mi vieja, planificaba el viaje. Victoria, mi novia, a veces también mi madre, me bombardeaban a preguntas.

—Esta es una ocasión en la que deberás confiar plenamente en mí. Prometo contarte todo apenas lo resuelva, —les decía a una y otra durante los interrogatorios.

Decidí viajar a Chiloé; la cuestión era cuándo. En período veraniego, en plena temporada de turismo, sería inadecuado; va demasiada gente a esos lares. En invierno era imposible debido al clima; tampoco en la Universidad me autorizarían. En consecuencia, elegí la primavera, la época de Fiestas Patrias; disponía con facilidad de un par de semanas.

Llegué a Quellón y arrendé una casa fuera de la ciudad. Preparé el equipo necesario y volví donde el amigo que arrendaba botes. Esta vez le pedí una buena lancha a motor de borda alta, apta para el oleaje cerca de las rocas. Le pagué bien para que no preguntara, pretextando que deseaba bucear por los canales. Cargué todo y partí con la ejecución de mi plan.

Provisto de un mapa con la ruta marcada por un marino conocedor de la zona, llegué temprano a Melinka, tras varias horas de viaje. En realidad no es difícil hacerlo, pero la primera vez es la primera vez. Busqué las coordenadas precisas indicadas por el tío, pero no encontré nada; era mar, no un punto concreto en la orilla, que se encontraba a trescientos metros de distancia. ¡Cómo me hacía falta ayuda para tantas labores simultáneas! Pero como dijo el tío, no podía confiar en nadie. Había un solo sector con rocas altas y empecé a recorrerlo. Dibujada en bajorrelieve, pronto encontré la cruz que marcó el tío en 1944, una señal dejada para quien supiera lo que buscaba. Gran emoción sentí al ver la marca tallada por mi tío desde un bote en plena mar.

Moviendo los remos mantuve la lancha a un par de metros de la roca, esperando la baja mar, mientras exploraba el entorno y bajaba mi nivel de ansiedad. Para hacer tiempo, me alejé un poco, eché el peso que actuaba como ancla y me puse a pescar; así evitaría sospechas. Antes había indagado que se podía pescar; eso serviría para pasar inadvertido ante los lugareños, aunque en general nadie anduviera por ahí durante el día.

En las tardes volvía a la isla una chalupa de pesca. De cuando en cuando lloviznaba, como siempre en el sur querido, y bien luego salía el sol por entre los nubarrones que corrían arrastrados por el viento. “Norte claro, sur oscuro, aguacero seguro”, recordaba constantemente esa frase típica de vieja chilota. Cerca de las cinco de la tarde, el mar estaba en su punto más bajo según la Tabla de Mareas de la Armada y ¡eureka!, se asomó el borde superior de la cueva. Cualquiera hubiera creído que se trataba solo de una formación de la roca. Subí el ancla y me acerqué. Con un remo tenía que mantener el bote

alejado, porque el mar empujaba en cada acometida; aproveché de meter la punta del otro remo para verificar que se trataba de una entrada. El tío y sus hombres deben haber estado mucho más cerca; de acuerdo a su relato la vio encima, a boca de jarro en un temporal. Observé el lugar con detención y regresé al campamento. En la noche releí una vez más la carta del tío Lucho y repasé mi plan rectificando datos.

Me levanté temprano, troté, hice gimnasia, desayuné y me puse el traje de hombre rana. Desde la playa empecé de amistarirme con esas frías y turbias aguas del Pacífico. Practiqué con la linterna submarina, simulé situaciones de emergencia como quedarme atrapado o sin aire, procurando prevenir toda clase de contingencias que pudieran ocurrir dentro de la cueva. Era básico dejar una cuerda para poder asirme en caso de problemas. Fui paciente a pesar de la enorme ansiedad que me consumía en esos días, porque entendía que el riesgo era grande. Innumerables veces pasé buceando frente a la entrada de la cueva durante la bajamar para reconocer las corrientes. Tras dos días de preparación, consideré que era hora de emprender la aventura, aunque el asunto se viera difícil para acometerlo sin apoyo.

Era imposible dejar el bote al lado de las rocas mientras entraba a la cueva, porque se habría despedazado. Decidí esconderlo en la playa y ocultarlo con ramas. Descendería en rápel con cuerdas desde la parte alta; me pareció más fácil que entrar por el mar, donde una ola fuerte podía golpearme contra la roca sin chance de controlarlo. Así me lancé a la aventura con la linterna, el Aqua Lung y mi cuchillo.

—¡Ahí voy! —grité para darme ánimos y comencé con cuidado el descenso directo a la boca de la cueva. Nadie podría ayudarme si algo malo me pasaba. Confieso haber tenido mucho miedo. Mis pies entraron a la cueva, mas como era demasiado estrecha, resolví que debía entrar de cabeza. Esperé que bajara el agua para hacerlo, pero al subir el empuje del agua contra la roca, me quedé sin respiración. Subí otro poco y ataqué la entrada

por un lado, sin soltar la cuerda como precaución. Pensaba en la gruesa figura del tío entrando a la cueva, él era fuerte como un toro, así que el objetivo se podía lograr. Cada vez que el mar se me venía encima con su oscuro sube y baja, sentía algo de vértigo, pegado ahí, al lado de la entrada, sintiendo esa fuerza enorme. Al fin me metí de cabeza, definitivamente no se podía al revés. Yo era buzo de piscina, había practicado muy poco en el mar y tenía horror al encierro en la cueva. Salir retrocediendo me aterrorizaba, pero bueno, ya estaba ahí y no había a quien rezongarle; esa era mi decisión.

Había ingresado casi por completo el cuerpo, afirmándome de las paredes para no azotarme, cuando una cámara se abrió ante mí. Apunté la linterna y, sorpresa, había una excavación cúbica de unos dos metros por lado, alta y bien tallada. Hasta podía sacarme la boquilla del Aqua Lung y respirar normalmente. Era increíble.

De pie sobre los toscos escalones tallados, estuve observando la cueva un buen rato. Había unas salientes aptas para sentarse y descansar. El aire no estaba rancio; quedaba una pequeña entrada durante la baja mar y así se renovaba; buen diseño, inteligente. Una puerta de hierro al fondo y ganchos para colgar lámparas en el techo sucio con hollín. Me acordé de las instrucciones del tío *“Está escondido de la misma manera que te dejé esta carta, al fondo y a la derecha de esa cueva”*. Me fijé en el lado derecho de la entrada; allí la roca estaba menos trabajada, así el truco del estuco era perfectamente posible. Fui hacia la puerta, pero algo me advirtió que no la abriera y me puse a buscar el escondite del tío. Con la cacha del cuchillo golpeé la pared hasta encontrar la primera capa de estuco. Si no hubiera conocido esta estratagema, jamás habría dado con *“la cueva”*, en la jerga del tío. Al igual que en Laitec, había una cámara pequeña tras la segunda capa. El tío debió andar con herramientas y un saco de cemento y arena, ¡qué esfuerzo! ¿Valdría la pena todo esto?, me pregunté, considerando tanto su esfuerzo como en el mío, pero después pensé en la conexión con él y eso me bastó.

Extraje el cuaderno que estaba esperándome y colgué la

linterna del techo, emocionado. Era como encontrarme de nuevo con mi tío después de nuestra ‘reunión’ en Laitec, compartir esta intimidad y retomar de nuevo el relato. Me dispuse a leer mientras comía un chocolate. La sala se aireaba con la marea baja, como señalé antes. El ambiente era fantasmagórico, pero no me sentía incómodo. El cuaderno se conservaba en buen estado, aunque sus hojas estaban amarillentas por el tiempo, de modo que costaba leerlo. La letra del tío era pésima porque estaba poco acostumbrado a escribir. Nada más había al fondo de la cuevita que talló mi tío. Empecé a revisar el cuaderno. Estaba escrito solo en sus primeras hojas. Era como un diario o bitácora. Al abrir la tapa cayó una hojita que salvé de caer al agua. La leí.

“Sobrino, si llegaste hasta aquí, es que eres bien gallo, bien hecho. ¡No se te ocurra abrir la puerta así no más! Como sé que eres pillo confío en que no lo hicieras, yo te lo advertí. Hay una trampa que relato más adelante en el cuaderno y no me acuerdo si la dejé activada porque abrí ese cuartucho un par de veces cuando mucho. Apenas pude entrar de gordo que estoy y no creo que lo vuelva a hacer nunca más, se hace desde arriba y requiere fuerza, como seguramente te diste cuenta. Los que hicieron esto entraron directamente por el mar, pues se notaba que eran buzos expertos. Las primeras páginas las escribí en Quellón; después andaba con el cuaderno encima y escribía en caliente lo que pasaba donde me pillara; pensando que lo del cuaderno iba a servir alguna vez. Al principio quise tener una bitácora como las del tiempo de lobero, para alguna vez intentar una novelita de aventuras al estilo de don Pancho Coloane, pero después esto se puso “interesante” como verás. No abras la puerta, dejé todo vacío, no hay nada del otro lado. —Borrón. —Ándate con cuidado de aquí en más, si sigues con el ‘encargo’ tendrás que cuidar tu seguridad y tal vez tu vida, como me pasa a mí ahora; porque quizás de esto no saldré vivo.

Este encargo te sorprenderá, pero consiste en que seas feliz, inmensamente feliz. Parece simple, sobrino querido, pero no lo es, lee con cuidado lo que escribí”.

Ufff... qué impacto. ¿Qué habrá pasado? Bueno, si no se puede hacer nada más, mejor me voy a leer al campamento. Eso pensé; qué enigmático resulta esto, atractivo pero amedrentador. ¿Tendrá que ver con su condición de asesino? Seguro que sí. Para mí como abogado, este parece un interesante caso.

La salida estaba llena de agua y la marea estaba subiendo rápido. Me apuré en guardar el cuaderno en el traje de neopren, forrándolo con la bolsa del chocolate, y saqué la linterna. Tiritaba a causa del frío y el miedo. Afuera se veía oscuro, el tiempo había pasado sin que me diera cuenta. Me sumergí y salí sujetándome de las paredes. Ya en pleno mar me sorprendí: no me costó nada salir. Esa también era la forma de entrar: con la marea alta y no al revés. Además, en marea baja existía el peligro de azotarse contra las rocas. Qué tontería, el tío tampoco atinó.

Ya en el campamento, reconfortado con un café bien cargado y caliente, me puse a leer dentro de la carpa, bien guarecido de la lluvia. Cuando uno ha experimentado miedo mezclado con excitación extrema, sabe que después el cuerpo entra en un relajo impresionante. Me sentía muy bien en ese momento, parte de una gran aventura. Lo único extraño era el factor temporal; porque los hechos no cuadraban con mi propio tiempo. El tío insistía en involucrarme en su propia historia, a veinte años de distancia. En fin, había que continuar desentrañando el enigma. Comencé con el cuaderno. Vi como el tío intentaba darle un sentido literario al relato en algunos pasajes, pero en general se trataba de un vómito de acontecimientos, un registro de los hechos destinados a ser relacionados apropiadamente en un futuro hipotético.

“Lunes 10 de octubre de 1944. Primer viaje a la cueva.

Me fui de noche para estar más tranquilo, había luna. Iba solo en la lancha a echar un vistazo a la cueva. No había llegado aún cuando divisé a lo lejos un bote inflable a remo con cuatro tipos a bordo; se acercaba rápido. Me sorprendió porque era raro ver a alguien, incluso de día. Corté a tiempo mi motor y me escondí en

el roquerío para observarlos acercarse a la entrada. No me vieron. Dos se pusieron traje rana —borrón— y se metieron con una caja mediana por unos diez minutos. Salieron sin nada para subirse al bote. En ese momento unas señales de luz urgentes, emitidas por un lejano farol de maniobras, les avisaron que se apuraran, así que salieron remando a todo dar. ¿De dónde salió esa luz? Se alejaron en la oscuridad, aprovechando que unos nubarrones taparon la luna muy a tiempo. Los seguí impulsándome con un remo para no meter ruido, bien pegado a la orilla. Me costó controlarme ante tanta improbable coincidencia. A unos trescientos metros los esperaba un submarino anclado en medio del canal; se recortaba enorme y negro contra el paisaje que la luna había vuelto a iluminar. Se me ocurrió, por la forma de la torreta, que era un U2 alemán. ¿Qué hacían allí, qué habían escondido? Los chilenos no estábamos participando en la guerra: éramos neutrales. Todo ocurrió en silencio. Estaban muy apurados, izaron el bote y desaparecieron por una escotilla. No había banderas ni símbolos visibles en la nave misteriosa. Se subieron para irse. El canal no es profundo para permitir una inmersión, así es que se fueron navegando con los motores eléctricos por la superficie, sin ruido. A remo no pude seguirlos por mucho tiempo, así que acabé encendiendo el motor. Los seguí una media hora, manteniendo distancia suficiente para vigilarlos. Iban hacia mar abierto. Detuve mi lancha y los miré hasta que se perdieron a la distancia. Me devolví a Melinka. Cuando estaba por llegar a la isla, escuché a lo lejos una fuerte explosión como en dos tiempos y nada más. Luego sobrevino el silencio.

Viajé toda la noche para llegar a Quellón por la mañana para escribir esto. En la radio escuché la noticia: comentaban de la explosión de una nave desconocida cerca de la una de la madrugada. Asimismo informaban que la Armada destinó una patrullera para la búsqueda de sobrevivientes; no encontraron nada aparte de una gran mancha de aceite. Yo supongo que uno o más buques enemigos siguieron al submarino y lo estuvieron esperando cerca de la costa. Antes de que se sumergieran, les dispararon un cañonazo que los echó a pique, un trabajo quirúrgico”.

“Miércoles 12 de octubre de 1944.

Esperar es lo más conveniente, me quedaré un par de días haciendo la pega del campo para disimular. Debe haber gente allá buscando todavía. Me imagino que para cavar la cueva, los del submarino debieron ocupar equipos pesados. Deben haber venido en más de una ocasión. En Melinka vive poca gente, más bien al otro lado de la isla, así que nadie debe haber escuchado los trabajos. Tal vez más adelante averigüe algo”.

Hice una pausa en la lectura para preparar café. Qué tremenda historia: un submarino nazi, a meses de terminar la guerra (desde luego eso el tío Lucho no lo sabía), se hunde a poco de salir a mar abierto y deja una caja en una cueva en Chile, un lugar remoto y neutral, lejos del teatro de la guerra... y mi tío metido en esto como observador involuntario. Meditando en esto me dormí con el cuaderno encima del pecho. Desperté con frío y estornudando. Me invadió esta idea: si él se hubiera involucrado en esto y las cosas se pusieron difíciles, su familia habría peligrado. En cambio, yo estaba lejano en tiempo y en parentesco como para que alguien me vinculara, pero ¿qué diablos podía querer de mí el viejo lobero a tantos años de distancia de su muerte? ¿Por qué mató a su esposa, qué hizo ella para merecer la muerte? Las preguntas comenzaban a aflorar. Mejor era seguir leyendo, pero en Quellón no había mucho que hacer, excepto leer la bitácora y prepararme para el siguiente paso. Me reí ante mi propia pregunta: ¿seguiré con esto? ¡DE TODAS MANERAS!, me respondí. Aunque el tiempo borre todo lo que no es importante para la gran historia, debía ir hacia atrás y ver qué pasó con mi tío.

“Martes 8 de noviembre de 1944.

Dejé pasar varias semanas porque se murió mi viejo Manuel del cáncer pulmonar que tenía. Nadie tiene demasiada pena pues estaba anunciada su muerte y sufría mucho. Ya ordené todo en el campo y los negocios, en realidad, todo seguirá como estaba. Mañana zarpo para Melinka a investigar la cueva”.

“Jueves 10 de noviembre de 1944.

No escribí ayer porque aproveché que no había nadie cerca y me metí a la cueva harto tiempo. Entré cuando bajó la marea, provisto de una buena linterna. Parece increíble, pero hay como un cubo tallado dentro de la roca, ¿cómo la harían estos gringos? Tiene escalinata y una puerta de fierro con un tremendo candado. Salí a buscar una palanca, un pinocho de fierro para romperlo. Después la abrí con mucho cuidado por si hubiera una trampa, y sí la había, pero desactivada. Estaban apurados esos ñatos cuando los vi, tal vez sospechaban que alguien los había seguido, no sé. Arriba de la puerta, por dentro, hay un péndulo pesado con un tremendo cuchillo; si se deja puesto, cae apuñalando a la persona. Si me hubiera herido, de aquí no salía más y nunca nadie sabría qué pasó conmigo. Me puse a pensar si yo era valiente o muy huevón, ¿en qué me estoy metiendo? Adentro hay una pieza más chica, con unas repisas altas para que el agua no llegue a mojarlas. Me puse a buscar trampas con precaución pero no había más. Temía que hubiera explosivos. Había tres cajas como la que vi meter a los buzos. Con el pinocho levanté la tapa de la primera, que estaba muy pesada. La puse en el suelo. Surgió un ordenado grupo de lingotes de oro; no lo podía creer, treinta kilos por lo menos. La otra caja contenía documentos muy bien protegidos y la tercera también oro, pero en menor cantidad. Despejé la duda del origen de los marineros y el submarino; las cajas tenían suásticas y palabras en alemán impresas con tinta negra a los costados ¿Qué iba a hacer ahora?

Me costó un mundo llevar los cofres al bote sin más ayuda que mis propias manos. Salí de la cueva a comprobar acaso había moros en la costa (nazis, aliados, espías o marinos chilenos, en realidad en ese momento todo el mundo era mi enemigo potencial). Me preguntaba si los tripulantes habrían alcanzado a transmitir las coordenadas de la cueva. Fuese como fuese, me debía apurar. Cuánta falta me hizo un compañero entonces.

Saqué caja por caja a punta de ñeque, retrocediendo por la entrada a la cueva, para dejarlas en el borde rocoso. Abajo había un barranco submarino de unos diez metros de profundidad. Me

convenía que las cajas no cayeran; bien elegido el lugar por los nazis. Las cajas tenían asas a las cuales amarré una doble cuerda. Con varias poleas las fui levantando hacia la embarcación. Por si alguien me veía haciendo el traslado, las colgué bien amarradas, sumergidas a unos dos metros de la borda de la lancha. Así las transporté, haciendo funcionar mi mente a toda máquina, igual que el motor de la lancha. ¿Cuánto dinero representaría este oro? ¿Para qué lo habrán colocado allí? Y lo más importante, ¿qué me va a pasar si me pillan?

Mi padre tenía islas propias por todas partes del archipiélago. Decidí ir a la isla de Queitao, porque quedaba lejos de Melinka y está al medio del Golfo de Corcovado. Difícil que a alguien se le ocurra ir allá a buscar algo, pensé. Crucé en el camino con un barco de pesca grande, pero ni señales hicieron. Llegué a buena hora a la isla como para esconder el oro. Exento de la preocupación porque me descubrieran, me aboqué a pensar en cómo ocultar el tesoro. Recordé el juego que hacía con mi padre cuando niño y así procedí. A una profundidad suficiente bajo la línea de la marea comencé a cavar cuevas, imitando la idea alemana. Era duro el roquerío, así que hice solo siete cuevitas con ayuda de unos barrenos y repartí el oro en igual cantidad de cajas selladas.

Al fondo de la caja que tenía menos lingotes, había otra metálica más pequeña y sellada con dos pistolas dentro: una Luger y una Mauser envueltas en papel engrasado. Examiné las armas; no tenían municiones, pero yo sí, en el campo, más adelante las probaría allá. El oro sería imposible de ocupar, debía haber gente buscándolo. Hace dos años encontraron una red de espías nazis en Valparaíso, eso prueba su actividad en Chile. La caja de documentos la coloqué debajo de la quilla de la lancha y partí a Quellón.

No debía estar mucho tiempo lejos de la casa para no despertar sospechas y que alguien empezara a realizar indagaciones. Los documentos los enterré en la parte de atrás de la casa. Desde que murió el viejo, solo quedaba la Melania y mi madre en cama. Los negocios del campo los atendía el Facundo, el argentino que trajo el viejo hace años, un hombre de total confianza”...

CAPÍTULO III

HELGA

Me fui por unos días a Córdoba en la idea de confidenciar estos sucesos a mi amigo Hans Eupel, desertor del acorazado *Graf Spee*, el famoso buque de guerra alemán hundido por su propio comandante en Mar del Plata, al verse acosado por sus enemigos. La idea era confiarle el secreto y mostrarle los documentos en alemán para que los tradujera. Yo no quería poner en riesgo a mi mujer, por eso busqué ayuda lejos de casa. Hans no quiso volver a Alemania para seguir con la guerra. Casi todos esos marinos alemanes se quedaron por estos lados tras el naufragio; muy pocos se devolvieron a combatir de nuevo. El amigo se quedó en Argentina y después de un tiempo fundó una familia. Lo conocí poco antes de iniciar mi viaje de lobero, cuando andaba con mi viejo comprando cosas y turisteando en Córdoba. Mi padre ya me había pillado que había abandonado la Facultad y me empeñaba en hacerme el estudiante gozador a su costa. Estaba furioso conmigo y producto de ese disgusto decretó mi 'viaje de iniciación' como cazador de lobos marinos.

Lo poco que sabía de los nazis en ese tiempo se lo debía a las noticias de la radio, los diarios y al propio Hans. Me habló que todo el poder del mando alemán de la guerra lo concentraba Hitler, que solía cambiar de curso sin consultarle a nadie, cometiendo atrocidades en todas partes, esclavizando gente en las fábricas. Por eso Hans no quería volver a Alemania y la mayoría de los demás marinos avalaban esta conducta al quedarse lejos de su país.

Hans me convidó unos mates. Yo tenía buena relación

con él; apenas hablaba español, pero tras un par de años por estas latitudes, el muy diablo se las había arreglado para tener mujer. Era un gran tipo y en su momento nos hicimos amigos rápidamente. Su acento me divertía tanto como sus pésimos chistes. Una vez lo recibí de vacaciones con su mujer en Quellón. Los marineros del *Graf Spee* cayeron bien en Córdoba; otros se quedaron en Montevideo y empezaron una nueva vida.

—Ese maldito tiene delirio de grandeza —aseguró Hans en nuestro reencuentro—, pero para mí la guerra terminó, borré mi pasado y no quiero saber más del régimen nazi. No podré ayudar a nadie, ni a mi familia —aquí mi amigo se atragantó e hizo una larga pausa que respeté con emoción—. A la mierda, partiré de nuevo... A propósito, ¿de qué querías hablarme?

Ahí me di cuenta que no podría contar con Hans. Me despedí y decidí continuar la aventura en soledad. Mi asunto implicaba meterlo de nuevo en la guerra, aunque fuera del otro lado.

El campo lo manejaba bien con la ayuda de Facundo y mi madre, que se encontraba estable en su enfermedad. Sin problemas económicos, podía ausentarme y hacer mi vida sin despertar sospechas. Debía traducir los documentos, podía ser importante para Chile. Quería saber el destino del oro, quiénes y cuándo vendrían por él, cuán inminentes eran estos hechos, pues la guerra iba mal para Alemania. Chile declaró la guerra al Eje el año pasado para congraciarse con Estados Unidos, pero no creo que eso intimide a los nazis. Por el silencio que sucedió al hundimiento del submarino, deduje que pocos sabían de su misión. Tal vez no alcanzaron a transmitir la posición de la cueva; en caso contrario vendrían más adelante. “¡Alerta Luchito!”, pensé.

Decidí que tendría que confiar en mi Valkiria como traductora, no quedaba otra alternativa. Me atemorizaba contarle toda la historia de un viaje, en parte porque era mi esposa y temía involucrarla en algo turbio, pero también considerando la posible influencia de su sangre alemana. Rechazaba que ella

quisiera influir en mis decisiones, por ejemplo acaso yo optaba por informarles a las autoridades chilenas. Quizás Helga hubiera querido entregarle todo a los nazis que aparecieran a buscar el tesoro. Los alemanes de Valdivia y sus alrededores, de donde proviene Helga, nunca manifestaron abierto apoyo a la causa de Hitler, pero tampoco rechazo. Nunca la guerra fue tema de análisis entre nosotros. Admito que no conocía a fondo a mi señora.

Helga era hermosa, una rubia de pelo largo y liso muy bien cuidado, piel muy blanca y mejillas coloraditas, nariz pequeña, ojos verdes y siempre alegres. Mi mujer era la más linda de las mujeres del sur. En las calles, al caminar juntos, me sentía orgulloso de ser su hombre. Yo, ufano, inflaba el tórax, aunque ella me ganaba lejos con sus pechos robustos; todos se fijaban en ellos. Más de una vez debí enfrentar a alguno que la miraba demasiado, hasta que el importuno daba la última miradita y pedía disculpas; en realidad nunca me enojaba de verdad, no les faltaba razón en admirar su belleza, yo habría hecho lo mismo.

Helga y yo habíamos decidido casarnos mucho tiempo atrás, cuando estudiábamos medicina en Concepción. Ella era regalona en la Facultad; eran muy pocas las mujeres que estudiaban. Mi madre recobró la salud, ya debilitada entonces, para acompañarme del brazo con el viejo en el matrimonio por la iglesia. Fuimos a la iglesia luterana en Valdivia, donde vive su familia. Eso casi le costó un cólico a mi mamá; era católica acérrima y le resultó un trance muy difícil. A mí, en cambio, me daba igual. Una vez casados, nos instalamos en Quellón pensando que sería solo por un tiempo. Helga congeló los estudios por un año, pero después hizo la carrera con calma, aunque nunca ejerció. Primero no tuvimos hijos para que estudiara, luego lo fuimos aplazando. El plan era trasladarnos a Valdivia más adelante, pero estaba mi madre enferma y la necesidad de controlar los negocios, que eran muchos. Todo esto requería mi presencia constante.

La noche en que le entregué los primeros documentos,

previa conversación del tema, aunque sin proveerle demasiados detalles acerca de la forma en que los obtuve, se mostró dispuesta a realizar la traducción. Se preocupó al enterarse que no era un hallazgo arqueológico, sino que implicaba inmiscuirse en el plan de un gobierno en guerra.

—Quizás en qué lío nos vamos a meter —dijo. Nos sentamos solos a la mesa y comenzamos.

CAPÍTULO IV

LOS DOCUMENTOS

Los documentos hablaban claro y directo, al estilo del Führer —dijo mi bella rubia tras ojearlos uno tras otro por largo rato, balbuceando frases sueltas. Fruncía el ceño de cuando en cuando, lo cual me fue enervando.

Lamentablemente los documentos pronto llegaron al grano y me sentí desnudado cuando leyó lo del oro. Yo ni siquiera lo había mencionado. Me quedó mirando muy seria. Traté de desviar la atención pretextando que el oro estaba a buen recaudo y que mi intención no era quedármelo.

Un chileno da muchos rodeos para explicar algo, pero una alemana no. Nunca logré aprenderlo, aun cuando esta práctica me trajo demasiados problemas con Helga. Creo que esa misma noche mi suerte quedó sellada —o más bien la suya— por no haberle revelado este importante punto. Me mostré desconfiado ante ella, la dejaba de lado para ciertos asuntos al no compartir todo con franqueza. Fue un mal comienzo, muy malo.

—Vamos a buscar el orden de todo esto —dijo con una mueca de molestia, registrando el mal punto. Luego se puso a traducir en orden y con fluidez.

“Estimado Wolfgang:

Usted ha recibido el honor de cumplir esta misión debido a la confianza que le tengo. Por eso le pedí que viajara a Chile desde su puesto en el frente. A partir del momento en que lea estas instrucciones, deberá ponerse en acción de inmediato, pues el tiempo apremia. Como debe saber, el Frente Ruso está absolutamente perdido y tenemos al Ejército Rojo prácticamente encima de

Berlín. Lo esencial ahora es instalar el mando del régimen en un lugar alejado y seguro, mientras reorganizamos un contraataque eficaz. Esto que le expondré, adelanta y transforma el plan de 'Invasión a Latinoamérica y la toma de la Antártica', planeado por Inteligencia para ejecutarse desde Dakar a fines de este año, como usted seguramente sabe. Pero en estos momentos vivimos una emergencia y debemos actuar rápido”.

Helga y yo nos miramos con sorpresa. En lugar de fijarse en el tremendo contenido de lo que anunciaba la carta, me observó con los ojos desmesuradamente abiertos y preguntó “¿Y quién es Wolfgang?”. Mujeres, pensé. Hice una mínima venia con la cabeza para que siguiera leyendo. Me ponía nervioso asociar estas palabras con el submarino, la explosión que lo echó a pique y todas mis acciones posteriores, que se encaminaban a desbaratar, sin habérmelo propuesto, este relevante plan nazi.

“La seguridad de nuestro Führer es lo fundamental. La idea es que lo sacaremos de Berlín para llevarlo allá en un momento difícil de definir pues, como usted sabe, está a cargo personalmente de comandar todos los movimientos de la guerra y ahora más que nunca. Usted tendrá el tiempo suficiente para coordinar a las personas de contacto en Chile, más tarde en Argentina, Uruguay y en Brasil, donde ya hay personal organizando todo. Se optó por Chile, pues los otros países al comienzo estarán más expuestos a represalias si llegamos a perder la guerra, porque allí van a ir numerosos prisioneros del régimen, sobre todo a Argentina. Nuestro amado Führer estará de incógnito un período, hasta que se pueda reorganizar el comando, contando con la ayuda tanto de usted como la mía y los oficiales superiores Josef Schwammberger, Walther Rauff, Friedrich Achwend, Heinrich Muller, Gerhard Böhne, Serge Kowalchuk, George Theodorovich, Aribert Heim, Eric Priebeke, Herbert Zuckoff, Hans Rudel y Rudolph Mildner, a los que usted probablemente no conoce en persona. Llegaremos de a poco y en algún momento llevaremos al propio Führer.

Vamos a los detalles. Usted debe administrar el oro; cuarenta kilos que son 1.703.225 marcos alemanes para establecer viviendas

de seguridad en diferentes partes del país. Vamos a asimilarnos rápido en la sociedad, lo cual no será difícil porque existe una numerosa población alemana en el sur, que aunque en general no son proclives al partido, en cambio la población de Chile es en general proclive a Alemania”.

Helga volvió a mirarme con mucha preocupación y admirada con la cantidad de oro, eso reflejaba su pálido rostro y sus hermosos ojos.

—Amor —dije tomándole sus manos— estamos con una papa caliente en las manos, pero ya procedí. Saqué las tres cajas de la cueva, desbaraté los planes nazis sin haberlo meditado. El asunto es que ¡ya lo hice! Ahora, con lo que lees, tomo mejor el peso. Pero termina de leer primero y después decidamos lo que vamos a hacer, ¿te parece?

—¿Qué me va a parecer?, estamos metidos en un tremendo lío gracias a tus estúpidos impulsos, ¿cómo voy a creer que no te interesa quedarte con el oro? Fue lo primero que hiciste, sacarlo y esconderlo, ¿por qué no dejaste todo como estaba? ¿Te das cuenta que corremos peligro, Luis? ¡Ellos son gente muy peligrosa! —acotó enfática.

Ella me llamaba ‘Luis’ solamente en ocasiones especiales. Los nervios de Helga se estaban alterando, al igual que los míos.

—¿Te das cuenta que Wolfgang... — buscó el apellido en la carta —Wolfgang Heinz ya debe estar aquí? ¿Y que quizás ya te está buscando?

—Helga, mi amor —dije lo más conciliador que pude, acariciándole la cara— Heinz no tiene idea de lo que pasó, está todo bien escondido y no me está buscando, tranquilízate.

Sin embargo el bombardeo prosiguió sin dar tregua:

—Quellón es un pueblo chico, Chile es un país chico, nos estamos metiendo con los nazis, los SS, se trata de gente desesperada, ¿sabes quién firma la carta? Es Wilhelm Keitel, el encargado de poner en acción las órdenes de Hitler; ¡el mismísimo Adolf Hitler en persona viene para acá! Estamos en un tremendo lío, no sé qué vamos a hacer y ya es tarde para que

devuelvas las cosas a su lugar. Ya deben tener todo vigilado. ¿Eres idiota Lucho?, nunca lo habría imaginado —dijo respirando apenas y mirándome con la cabeza ladeada, como una madre mira al hijo que acaba de cometer una tontería.

—Helga, lo único que podemos hacer ahora es terminar de analizar los documentos para luego desarrollar un plan. Nadie más sabe de esto, debes estar tranquila. A mí no me interesa el oro, tenemos suficiente con lo que ya poseemos. Tampoco me interesa la política, ni arruinar los planes de Hitler, pero piensa que esta gente quiere venir aquí a organizar la continuación de la guerra, nos esclavizarían o destruirán el país. Eso no lo debemos permitir, tendríamos que avisar a las autoridades.

—¿A quién, a Juan Antonio Ríos, ese masón radical? Lo más probable es que terminemos presos... o muertos, Lucho —su tono era dramático y yo no podía contradecirla. Me paré a preparar un mate para calmar los ánimos. La conminé a seguir leyendo y accedió.

*“El contacto de nuestra gente con usted se hará de la siguiente manera: como no sabemos la fecha exacta de nuestra reunión inicial, publicará al inicio de cada mes en los periódicos de la ciudad de Valdivia y por tres días seguidos, el siguiente aviso: **“Vendo relojes cucú suizos Schildurb, de colección, precio 2.500 libras esterlinas cada uno, solo interesados. Tratar con Max Schreck en Av. Alemania 660”**. Como este precio es ridículamente alto, deberán llegar pocos curiosos. Cuando reciba a uno de los nuestros le preguntarán ‘¿disculpe, su segundo nombre es Wolfgang?’; usted responderá que sí; entonces ellos dirán ‘¿Wolfgang Heinz?’ Este es el santo y seña. Luego, los irá colocando en las casas de seguridad que usted preparará, a la espera de nuevas instrucciones. Ellos sabrán cómo adaptarse a la sociedad, manejar el tema del idioma, así que no se preocupe por eso. Sin embargo, deberá asignarles una mensualidad para su mantención, la cifra la acordaremos posteriormente.*

En los documentos siguientes le entrego más detalles. Sea cuidadoso Wolfgang, el futuro del Reich está en sus manos.

Heil Hitler”.

Al final estaba firmado por el Mariscal de Campo Wilhelm Keitel, con sus sellos, tal como dijo Helga.

El siguiente documento nombraba las personas de contacto en Chile, tras una breve relación de la realidad política actual y la situación del partido nazi en el país.

“La remesa de dinero más fuerte fue dirigida a Argentina, porque la ayuda de Perón es fundamental y decidida. En cambio en Chile hay incertidumbre, aunque al principio era afecto a nosotros. El presidente Juan Antonio Ríos gobierna desde hace un par de años y trató de mantenerse neutral, pero Estados Unidos lo presionó para declarar la guerra al Eje el año pasado, al igual que a casi todos los países de Sudamérica.

Los contactos en Chile, para cuando requiera relaciones de más alto nivel, son el señor Miguel Cruchaga, el señor Luis de Porto-Seguro, la señora Margarita Johow, y el señor Tobías Barros, todos funcionarios de la Embajada en Alemania que fueron requeridos en Chile cuando se acabó la neutralidad; son gente de confianza. Se apuraron en traerlos de vuelta por su simpatía para con nuestro régimen.

En la década pasada se creó el NSDAP, partido nacionalsocialista alemán en Chile y prendió fuerte con mucho apoyo de la gente. Incluso, llegaron a tener ‘tropas de asalto’ en forma. Los fundadores son gente leal. Ubique en Santiago a Willi Köhn y Richard Zeissig.

Por el lado del ejército chileno, que posee formación prusiana, usted contará con el apoyo incondicional de los señores Ariosto Herrera y Guillermo Izquierdo, del Movimiento Nacionalista de Chile, Hans von Kiesling y Otto Zippelius, instructores del ejército y a Hans von Knauer, Karl Figg y Paul Müller, miembros activos del partido viviendo en Santiago.

En enero de este año se intentó realizar un golpe de estado con los señores Carlos Ibáñez, Carlos Keller y Jorge González Von Marees, para restablecer relaciones con Alemania. Contaba incluso con el apoyo de militares argentinos, pero fue sofocado.

En estos años han aparecido muchos grupos de ultra derecha fuertemente ideologizados, pro-nazis: la Legión Cívica, el Frente

Nacional, la Asociación de Amigos de Alemania y el Movimiento Nacional-socialista.

Como ve, Wolfgang, en Chile el ambiente es propicio para iniciar una nueva etapa del Reich. Existen grupos partidarios nuestros en los colegios alemanes, la iglesia luterana y en varias sociedades. Hay que salir a buscar a esa gente nuestra; ese trabajo lo hará usted con el tiempo, una vez que estemos reunidos. Si quiere comenzar ahora, tanto mejor. Desde luego, no estará solo en esta magna labor, estaremos con usted”.

—No cuenta nada acerca de la Matanza del Seguro Obrero para no bajarle la moral —comenté. A Helga le sudaba la frente, leía con los ojos muy abiertos como si no pudiera digerir las palabras. Dejó de leer para fijarme una mirada vacía. Ahora el futuro dependerá de nosotros: ¿dejaríamos que el país fuera invadido por los nazis y acogiera a Hitler y su Estado Mayor para convertirnos en su sede?, ¿los entregaríamos a las autoridades?, ¿quién nos creería esta historia? Helga tomó el último documento, que era muy breve.

“Una cosa más Wolfgang, en una de las cajas debe haber encontrado dos pistolas del Führer y una serie de banderas y brazaletes, provenientes de su propia oficina en el Bunker. Él se las envía en persona a usted, para que sirva de motivación a las personas desconfiadas que encuentre en su camino.

Heil Hitler.”

—Bah, yo no encontré las banderas... a menos que estén en un doble fondo, por seguridad, lo veré después —le comenté esto a Helga, una cuestión sin importancia, para que así me viera como menos culpable del inminente desastre.

CAPÍTULO V

WOLFGANG HEINZ

Nuestra vida matrimonial se vio profundamente impactada por estos acontecimientos. No tenía ningún plan respecto a qué hacer. Las cosas estaban más que complicadas: tenía el oro nazi escondido en un lugar que solo yo conocía, Helga desconfiaba de mí y ahora yo también desconfiaba de ella. Quise contarle los detalles, pero me respondió furiosa que no quería saber nada más, que tal vez se iría a vivir a Valdivia o fuera del país. No sé si me movía el patriotismo con el deseo de defender al país frente a una amenaza cierta: nos verían como a una raza inferior y capaz que quisieran limpiar nuestro territorio de chilenos, tal como hicieron en los países que invadieron. Eso dicen las noticias a diario.

La primera consecuencia podía ser perder a mi esposa, ¿qué vendría luego? Nada de héroe parecía, más bien un tonto grandote jugando al espía, más encima sin quererlo. Medité sobre la conveniencia de hablar con alguien del gobierno, pero ¿con quién? No tenía ninguna confianza con la posición ambigua que se había adoptado. La declaración de guerra al Eje se veía como una maniobra oportunista, considerando los últimos informes provenientes desde el Frente. Tampoco tenía las conexiones adecuadas con los gobernantes para plantearles este dilema. A ratos imaginaba a la gente del gobierno con este sabotaje entre manos y corriendo para todos lados. Esta divertida imagen aliviaba mi tensión interna y más me resolvía a no revelar a nadie el asunto. ¿Qué haría el gobierno chileno con ese oro? Iría a parar a las arcas fiscales yanquis, naturalmente.

Dormíamos mal, estábamos muy tensos pues sabíamos que Heinz y sus esbirros podían estar ya en Quellón. Ese hombre tenía instrucciones de viajar a la isla Melinka y buscar la cueva saqueada por mí. ¿Qué haré cuando aparezca? Porque sin duda más temprano que tarde aparecerá un tipo de ese nivel. La verdad es que me dio mucho miedo por mi familia y por mi propio pellejo. La idea de ser héroe involuntario no me gusta para nada. En los años que pasé como cazador de lobos marinos pasé muchas peripecias, pero ninguna parecida a esto. Hasta mis peleas a cuchillo con tobillo amarrado me involucraban solo a mí, no a una familia o a un país... o quizás más aún.

Pasaron dos días y decidí conversar con Helga. Ella siempre hablaba de lo chico y poco mundano que es Chile. Siempre rezongaba a propósito de esto: anhelaba un ambiente con más posibilidades, una cultura más amplia. Justamente partió mencionando esta cuestión.

—Tal vez esta es la oportunidad de cambiar nuestras vidas —dijo, y yo le repliqué:

—¿A dónde ir si el mundo entero está en guerra, Helga? Esperemos unos años y nos vamos donde tú quieras, lo prometo —esto la mantuvo algo tranquila mientras esperábamos que sucediera lo más seguro: la aparición de este personaje con una importante misión que yo estaba predestinado a estropear.

Tras un par de semanas de tensa calma, un día llegó al pueblo un camión y dos automóviles con sendas familias y una gran cantidad de enseres. Venían a vivir en una chacra que habían comprado en el límite sur de Quellón. La chacra estaba vacía desde hacía unos años atrás. Con curiosidad pueblerina, igual que los demás, fuimos a darle la bienvenida, es decir, a espiar y saber quiénes eran. ¡Sorpresa!, eran dos familias alemanas venidas quizás de dónde. Padres, hijos y un par de abuelos.

Como si fuera una 'minga', entre todos bajamos sus cosas del camión y les ayudamos a arreglarse en su casona de dos pisos. Hablaban poco castellano, excepto una de las mujeres que era capaz de sostener una conversación. Helga, feliz, hizo de

intérprete y así aproveché a amistar me con ellos, mostrándome servicial para indagar rápido por dónde vendría la mano y si el tal Heinz era parte de ese grupo. Helga estaba conmigo a pesar de todo; además por curiosidad femenina, los frecuentaba. Entre alemanes se sentía como reina y eso me ponía nervioso; no fuera a ser cosa que se fuera de lengua y les diera más datos de los necesarios. Sin embargo, ella era inteligente y sabría manejarse.

Declaraban provenir del sur de Brasil, de Blumenau, que está lleno de alemanes al igual que nuestro sur, pero hallé raro que nunca los oí hablar en portugués. En los días posteriores a su instalación, llegó otro camión con hornos y elementos para instalar una gran panadería y pastelería. Tenían todo muy bien organizado como buenos alemanes. No demostraban tener ninguna relación con el régimen nazi, pero la coincidencia de tan extraña situación ameritaba mantenerse alerta. ¿Cuándo han venido familias alemanas enteras a instalarse aquí así no más? Heinz no estaba entre ellos, según concluyó Helga, pero ¿qué duda cabía de que vendría pronto?

Me molestaba que Helga pasara mucho tiempo con los alemanes, con ellos conversaba y reía todo el tiempo. Yo iba muy poco a visitarlos. Helga me hablaba de puras maravillas de 'los alemanes', como todos llamaban al alegre grupo. Así pasaron varias semanas, Helga seguía confraternizando con ellos, los llevaba de paseo por la zona, los invitó a casa varias veces para cenar juntos. Helga me enseñó palabras básicas en alemán para que chapurreara algo con ellos, puras trivialidades. No advertí nada que me hiciera sospechar. Todo parecía andar bien, pero yo seguía tenso, al acecho; por ahí vendrían los problemas, estaba seguro. En la confianza está el peligro, me repetía a diario: un credo para no permitirme un descuido.

Vendiendo golosinas a los niños, pan y pasteles a las señoras de Quellón, los alemanes tenían todas las facilidades para poder espiar a sus habitantes. Seguramente buscaban una nota discordante para detectar una pista, o esperaban que alguien

dijera algo fuera de lo habitual. Desde luego, gente extranjera ya había visitado Melinka indagando entre los escasos pobladores acerca de buzos o turistas que hubiesen merodeado el lugar (me lo contó un pescador, cliente habitual de mi almacén). Menos mal que nadie me tenía asociado con el período en que encontré la cueva. Como Quellón es chico y los conozco a todos, descubrir a Wolfgang Heinz fue muy sencillo. Apareció en el almacén a comprar cigarrillos, casi a la hora de cierre. Debe haber llegado en la motonave de la noche anterior, por eso no me enteré antes. Un hombre de unos cincuenta años, más alto que yo, de espalda ancha y erguido como ave de presa, listo para atacar, eso denotaba su mirada. Nariz romana, porte altanero, rubio y de pelo corto; era militar, no había duda. Me fijé en sus manos, grandes y nudosas; parecía como que le molestaban, siempre las estaba cambiando de lugar. Al caminar hacía sonar el suelo a compás. De lobero me enfrenté a muchos hombres, incluso armados, pero Heinz me infundió temor desde el principio. Sentí que mi vida, que todo lo mío estaba hilvanado con este hombre. Helga lo atendió; cosa extraña, le habló de entrada en alemán, ante la grata sorpresa de él. Yo estaba con los últimos clientes y apenas los despaché me acerqué tranquilo, para no despertar sospechas.

—El Señor Heinz; Luis, mi marido —dijo sonriendo Helga, en español, mirando al nazi amablemente, lo que me provocó una rabia difícil de disimular, pues su tono me pareció demasiado cordial. No se daba cuenta de las cosas esta mujer, como que se le olvidaba lo que teníamos entre manos. Actuaba sin preguntarme y me arrepentía de haberle confiado mi secreto. Cómo eché de menos cualquier ayuda, alguien que me apoyara en estas decisiones, alguien con quien compartir mis ideas y temores. La angustia me estaba comiendo el estómago y los dientes apretados me tenían la cara adolorida. Pero ya era tarde para salirse de esta historia.

El señor Heinz era rígido en sus maneras. Vestía un atuendo normal para la zona. Su voz era muy autoritaria y sonaba aún

más dura en alemán, de modo que parecía difícil resistir una orden suya. Lo primero que me preguntó, traducido por Helga, fue sobre qué sabía acerca de la explosión ocurrida en las islas. Debí resolver acaso hacerme el tonto o entrar de frente. Sin meditar le dije “¿y por qué le interesa tanto señor Heinz, es acaso usted un investigador?” Esta respuesta lo sorprendió; seguramente nunca nadie le hacía preguntas. Lo denotó alzando en una ceja y mirándome a los ojos.

—Solo sabemos lo que se ha informado a través de la prensa —terminé acotando, un poco turbado por el mal resultado de mi experimento.

No sé si por torpeza o debido a un exceso de confianza en sí mismo, Heinz juntó sus talones ruidosamente, hizo una breve y tiesa reverencia y se retiró sin más. No obstante, se despidió con cordialidad de Helga. Noté cierto rubor en ella: se quedó un rato mirando hacia el suelo.

—¿Pasa algo con este señor que yo no sepa, Helga? —pregunté celoso cuando se fue el alemán.

—No, ¿por qué lo dices, Luis? —repuso altanera.

Me dio la impresión que ella estaba manejando todo el asunto. Le había dado el poder de gobernar el timón y eso se estaba poniendo peligroso, se me escapaba de las manos.

—Este caballero alemán es un peligro potencial, ¿te das cuenta, verdad, Helga?

—A ver, Luis, ¡lo que yo veo es que tú cometiste un grave error! De puro tonto acabas de torcer el destino del Reich, de Chile, del Führer y un montón de gente. ¿Crees que vas a salir campante de esta situación, convertido en un héroe de la patria? Convéncete, Luis, este país es germanófilo y Hitler estaría a gusto aquí. Tú no podrías convertirte en un obstáculo serio, eres una persona contra el III Reich. Tu actitud es ridícula.

Tragué saliva. El asunto se estaba poniendo realmente feo: mi esposa estaba validando el intento nazi de instalarse en Chile, sin medir las consecuencias. Yo estaba solo, debía mantener la cabeza fría y no cometer errores, pero, ¿qué es lo que debía hacer?

—Amor —dijo con tono conciliador y tomando aire con un suspiro profundo—, todo este tema no se nos puede escapar de las manos. Traté de no comprometerte en este asunto, pero requería traducir los documentos. Ahora debo decidir qué hacer.

—Lucho —dijo amorosamente, pero como si hablara con un niño—. ¿No has pensado que esta puede ser una gran oportunidad para Chile y no un ‘grave peligro’ como aseveras?

—Ufff... Helga, ¿acaso eres de la idea que yo hable con Heinz y le cuente todo, eso quieres? —casi grité; trataba de mantener la calma, pero era difícil. En el intertanto había cerrado el almacén.

—Lucho, eso debes pensarlo tú, tú armaste este lío —repuso con el mismo tono—. Yo me comprometo a no decirle absolutamente nada a Heinz, hasta que tú me comuniques tu decisión —la dejé y me fui a pensar al campo, aprovechando de revisar el trabajo de Facundo.

CAPÍTULO VI

CARLOS

Medité los acontecimientos. “Le saboté el plan a los nazis” podía titularse mi masa de pensamientos cotidianos. Ya no pensaba en los temas banales del campo, la salud, el almacén, el clima, la familia. Las últimas palabras de Helga y las miradas que le dirigió a Heinz repletaban mi cabeza. De repente me di cuenta de lo evidente: no saldría vivo de esta. Luché contra los nervios y la amargura; no podía irme y dejar todo botado, menos abandonar a mi madre enferma. Tendría que quedarme y afrontar lo que viniera. Helga y yo definitivamente no estábamos en el mismo bando, comprendí que nos habíamos casado arrastrados por la inercia de los años previos. Por fortuna no teníamos hijos por quienes temer represalias.

En las noticias se recibían a diario reportes acerca del cerco de Berlín. Se aseguraba la victoria de los aliados en pocos meses. Sin embargo, no tenía la posibilidad de saber qué ocurría realmente en el Búnker de Berlín, cuál era la situación de Hitler como para que intentara venir pronto a Chile. Necesitaba con urgencia un colaborador, alguien en quien confiar; ya no daba más con aquel terrible peso sobre los hombros. Tras repasar por enésima vez la lista de mis escasos amigos, decidí confiar —aunque con reservas— en mi cuñado Carlos. Telegrafíé a Santiago: “Carlos necesito que conversemos de un negocio urgente. STOP. Por favor trata de venir lo antes posible. STOP. Saludos Luis”.

Carlos demoró menos de una semana en venir. Estaba más flaco que en el verano; contrastaba conmigo, que estaba mucho

más gordo que en las vacaciones. Lo hice pasar a mi despacho en el segundo piso, donde atendía los asuntos contables, para conversar con tranquilidad.

—¿Qué pasó, cuñado? Vine de inmediato, dejé todo botado porque, conociéndote, supuse que algo grave estaría pasando.

Qué alivio, Carlos era un gran tipo y podía confiar en él, esta fue la prueba. Le fui contando todo a borbotones, conducido por la ansiedad. Me reservé, eso sí, ciertos detalles como la cantidad de oro y el sitio donde lo había escondido. Mientras hablaba con él me desconocí a mí mismo: yo creía tener un buen temple adquirido en la vida y ahora parecía una débil hoja temblando sin control.

—Cálmate, si actúas así te descubrirán a la primera. Veamos cómo te puedo ayudar para salir de esto lo mejor posible. Examinemos las alternativas en orden. Primera: dejar todo como está, sin contarle a nadie. Ventaja: seguir viviendo normalmente. Desventaja, lo más probable es que estos tipos te descubran de alguna forma. Segunda: avisar a las autoridades acerca del plan usando los documentos como prueba. Ventaja: serás un patriota si te llegan a creer, pero la desventaja es que recibirás un tiro en la primera esquina.

—Chucha, gracias Carlitos, no me sigas ayudando así poh, huevonazo.

—Ja ja, el viejo lobero no se puede comportar como gallina, vamos, tomemos un vinito y sigamos. Tercera: poner los avisos en los diarios de Valdivia y tomarle fotos a los que lleguen para saber quiénes son.

—Pero la guerra aún no termina Carlos, eso tendría que ser después... revisemos de nuevo el párrafo, a ver... ¡Bah!, qué gil, está escrito en alemán.

—Yo creo que eso es para ahora. Tienen que preparar el camino. Yo puedo ejecutar esta tercera alternativa mientras tanto. Después veremos qué hacer. ¿Te parece? Puedo quedarme una semana en Valdivia y luego volver a Santiago, a mi trabajo. Después regreso y repito el esquema descrito en el documento.

—Ya pues, te lo agradezco en el alma Carlos, necesitaba contártelo. Lo de Helga me huele que va por mal camino, comparte demasiado con esas familias alemanas.

—¿Y qué pasa con Heinz, lo has visto?

—No, se me ocurre que ahora andará en la isla interrogando a la gente. Cada quince días vienen pescadores de Melinka a comprar a mi almacén, me cuentan las novedades. Lo han visto por allá, paseando y hablando con gente.

—¿Le has dicho algo de esto a otra persona que no sea Helga?

—No, Carlos, a ti no más. Me demoré un montón en llamarte, no quería involucrarte.

—No te preocupes, me parece muy interesante todo esto, ja ja.

—O eres muy valiente, Carlos, o eres definitivamente un huevón, ¿no te das cuenta de que esto puede costarte hasta la vida?

—Bueno, compadrito ya estoy contigo en esto, procedamos. ¡Salud por la patria! —lo dijo como en broma, sin convicción y brindamos. Se puso de pie, nos dimos un abrazo fuerte, bien emocionado y fue a despedirse de Helga para entregarle los regalitos que le traía de Santiago. Le dijo que había venido por un trámite a Puerto Montt, pero ella no le creyó. Lo fuimos a despedir al muelle esa tarde y Helga atacó de inmediato.

—¿Le contaste algo a Carlos? —inquirió con mirada escrutadora.

—¿Cómo se te ocurre Helga? Carlos es mi cuñado, ¿cómo voy a involucrarlo en esto? Aquí las confianzas son entre tú y yo, nada más. ¿Estamos?

—¿Decidiste lo que vas a hacer, Luis?

—Mira, Helga, yo creo que lo mejor es dejar las cosas como están por unos meses. Parece que la guerra va a terminar pronto y que Alemania la perderá. Si estas personas siguen aquí para entonces, hablaré con Heinz para que administren su fortuna como les parezca y nos dejen tranquilos. Les pediré disculpas por el contratiempo que les causé y listo. Vendemos uno de

los fundos, nos vamos donde tú quieras, ¿qué te parece? Hasta podríamos encargar a nuestros herederos por fin, ¿qué tal? —aunque ese tema estaba casi olvidado, se le iluminó la cara con la expectativa de convertirse en madre.

—Bien me parece —respondió abandonando su actitud inquisidora— y sonrió. Nos abrazamos y por un tiempo llevamos una vida de apariencia tranquila, pero algo estaba quebrado entre nosotros, no era lo mismo. Solo ganaba tiempo con ella: no dudaba que a la larga me delataría o que la descubrirían por mencionar algo indebido. Los alemanes estaban allí por el plan de Keitel; no se trataba precisamente de panaderos.

Una tarde llegó mi prima al almacén, cuando estaba atendiendo solo y sin más clientes. Me contó que se había topado dos veces con Helga donde los alemanes y conversando con Heinz, que ya era conocido en Quellón por su porte y sequedad; destacaba sobre el resto. La noticia no me sorprendió; traté de no mostrarme celoso ante mi prima, pero la verdad es que me vino una rabia que superó el miedo. Algo tendría que hacer.

Aprovechando la calma relativa y sabiendo que Heinz estaba de vuelta en Quellón, decidí hacer mi testamento de dos maneras. La primera, formal ante Notario, dejando mis propiedades y bienes a mis parientes y Helga. La segunda era una apuesta a futuro; dejaría señas a mi sobrino pequeño para que descubriera estos misterios en el futuro, en veinte o treinta años más. Sería mi manera de heredarle el tesoro a él, que es un niño despierto, y también por Carlos que me estaba apoyando. Para cuando el mundo haya olvidado a los nazis y el terror que ejercieron, mi único deseo era que mi sobrino fuese capaz de disfrutar de mis esfuerzos y los riesgos pasados. Desde luego, no le revelaría nada más a su padre, era suficiente con lo que sabía. Yo, Lucho Bahamonde Bórquez, seguro que no viviría para ver grande a este hüeñi, ni a mi posible descendencia con Helga.

Partí con urgencia a Laitec en la lancha “Caleuche” para dejar el cofre con el reloj y la primera carta para Carlitos hijo. Después seguí a Queitao, donde había escondido el oro, para

dejarle las pistolas del Führer y los documentos originales. Por fin, fui a Melinka para dejarle mi diario como segunda pista. El gringo no iba a llegar antes que yo, que conocía al dedillo ese mar.

Carlos fue a Valdivia a publicar el aviso. Dejó datos falsos para que nadie lo ubicara, tal como convinimos. Arrendó un auto y compró una cámara fotográfica para obtener imágenes de los nazis que llegaran; así sería posible reconocerlos cuando aparecieran. No me tomarían por sorpresa.

Me llegaron más chismes: Helga andaba colgada descaradamente del brazo de Heinz por las calles. Seguro que ya estarían mofándose de mí. Ponderando los riesgos, opté por no encararlos todavía.

A la segunda semana de iniciar su labor de espionaje en Valdivia, Carlos me envió un telegrama: “Encontré algunos libros. STOP. Te los mandaré pronto. STOP”. Esto significaba que alguien había llegado a la cita del cucú y que las fotos venían en camino.

Efectivamente, dos días después llegó un sobre. Aunque las fotografías no eran buenas, se distinguían los rostros de tres personas de origen extranjero. Como nadie los atendió, los gringos deben haber quedado desconcertados, sin saber qué rumbo tomar. Por el momento no darían problemas. Carlos volvería al mes siguiente para poner de nuevo el aviso. Curioso este Carlos, no tiene el carácter de un guerrero, pero es capaz de jugársela por mí. Aún no sé cómo se las arregló para tomar esas fotos; hay que tener sangre fría de cualquier manera.

En abril el curso de la guerra estaba sellado. Los alemanes morían como moscas bajo el fuego ruso en Berlín. Hitler estaría por llegar en cualquier momento. Latinoamérica se mostraba indiferente al desastre de mayores proporciones que ha tenido la raza humana, era inaudito. Por precaución, comencé a portar la Beretta en el bolsillo del pantalón, junto a un cargador adicional. Lo hice con la precaución suficiente para que Helga no se percatara.

Aunque no frecuentaba a ‘los alemanes’, las pocas veces que fui para comprar kuchen, los hallé nerviosos, atentos a las noticias de la radio de onda corta alrededor de la cual se congregaban. Alemanes provenientes de Brasil no tendrían por qué afectarse con las noticias del frente, pero yo sabía la verdad: eran dos familias enviadas por Keitel para espiar y ayudar a Heinz.

Un día Heinz apareció en el almacén para comprar cigarrillos. Lo atendí yo. Su español no era malo. Como Helga le hablaba en alemán, yo no había detectado que lo manejaba bastante bien.

—Buenos días, señor Luis —dijo amablemente con una corta reverencia, menos marcial que la vez anterior.

—Buenos días, señor Heinz —respondí con cortesía. El hombre me alteraba, tenía una presencia imponente, de autoridad—. ¿Qué se le ofrece?

—Cigarrillos y cerillos, por favor —mientras yo buscaba un paquete de Hilton, los más caros que tenía, me asaltó con la pregunta—. Dígame, señor Luis, ¿realmente no sabe usted nada de lo que ocurrió hace unos meses en la isla Melinka?

—¿Alguna guagua sin padre tal vez? Es culpa del Trauco, señor Heinz, ya aprenderá de esas cosas —respondí bromeando, aunque alerta. Noté que siguió la broma sin alterarse.

—Hubo una nave hundida, señor Luis, un submarino alemán que patrullaba en esta zona. ¿No sabe nada, de verdad?

Me alteré, porque el alemán estaba dejándose caer sobre mí como un halcón, dando vueltas y cercándome. No era un simple comentario al pasar, me revelaba detalles, como si yo fuese un conocedor. Sentí que los dados estaban echados sobre la mesa, que me había descubierto. Un bochorno me subía al rostro, así que me agaché bajo el mostrador para simular que recogía algo y ocultar mi rubor.

—Disculpe un momento... La verdad no supe nada, señor Heinz —dije incorporándome ya repuesto—. Solo oí en la radio que hubo una explosión y que nuestra Armada iba a investigar

el suceso, ¿averiguó en la Gobernación Marítima?

—Sí —respondió—, fui hace unos días. Solo encontraron una mancha de aceite después del estallido... ¿Seguro que usted no sabe nada de esto? —insistentemente repitió las últimas palabras, torciendo un poco la cabeza y entrecerrando sus ojos de ave de presa. Demasiada insistencia con el tema: este hombre ya no tenía tiempo. La impaciencia lo estaba tornando peligroso. No había logrado nada desde su llegada.

—Seguro, ¿por qué habría de ocultarle algo así señor Heinz? No es tan extraño que aparezcan naves en guerra en Sudamérica, tenemos el caso del Graff Spee, de submarinos en la costa argentina... —había recuperado el temple y me ayudaba con las manos para hacerle entender que el asunto era “de lo más trivial”.

—Buenas tardes, señor Heinz —Helga entró alegre por la puerta. Le dirigió una mirada primero a él, hablándole en español. Luego se acercó a mí, pero me saludó más fríamente que de costumbre, como para que él lo apreciara—. ¿Cómo está usted?

—Yo estoy muy bien, señora Bahamonde. Estaba conversando con su marido acerca del submarino alemán que se hundió en el mar a la salida de Melinka, ¿sabe usted algún detalle? —Helga se turbó y también se ruborizó, lo cual revelaba que ella no había hablado. No podía esconder su rubor —como hice yo— al sentirse descubierta en mentira. En cambio, se puso a toser con violencia. Él estaba más cerca: se le acercó sacando su pañuelo, yo quedé atrapado tras el mostrador.

—¿Está usted bien, Helga? —dijo rodeando su cintura con el brazo izquierdo. Me erguí sorprendido con las manos sobre el mostrador. Heinz me miró de reojo y se separó de Helga, dejándole el pañuelo en la mano. Helga lo tomó, tosió un poco más y guardó el pañuelo en su cartera. Yo estaba sulfurado, pero ante ese nazi me sentía un escolar en falta.

—Ah, tome, señor Luis —el maldito y temible hombre tiró con desdén dos monedas sobre el mesón y se llevó la compra

sin esperar ni el vuelto ni la boleta, en abierto desprecio hacia mí. En cambio, al pasar frente a Helga, le hizo una reverencia.

Abrí el fuego yo:

—Este tipo ya está encima de mí, Helga. Me preguntó, igual que a ti, por el submarino, ¿qué piensas? —oculté lo mejor que pude mi rabia de macho aplastado.

—Nada, está preguntando, nada más —Helga estaba en algo raro, pero hasta ese momento no había revelado nada; de lo contrario no se habría ruborizado.

—Sigamos tal como lo conversamos: no le diremos nada a nadie —dijo y se fue, dejándome solo en el trabajo.

CAPÍTULO VII

ASESINO

Lo que pasó al día siguiente fue más complejo. Helga no estaba yendo a ayudarme al almacén en los últimos tiempos y tampoco daba explicaciones. Aunque ya sabía sobre su relación con Heinz, no di rienda suelta a los celos por temor a cometer un descuido. De otra parte, dado que ella se había ruborizado el día anterior, era una señal inequívoca de complicidad conmigo y no con él.

Me fui a la casa un poco más temprano; no había clientes en el almacén, llovía y el cielo estaba muy oscuro. Tuve un presentimiento al acercarme a la puerta principal. Decidí entrar sigiloso, pero por la puerta de la cocina que siempre estaba abierta. El ruido de la feroz lluvia que se lanzó en picada sobre el techo de zinc se imponía sobre el crujido de las tablas del piso. Con cuidado fui subiendo los escalones rumbo al dormitorio, cuya puerta estaba cerrada. Ya no tenía dudas, Helga estaba allí con Heinz. El corazón me traicionaba, por un lado me acometía una inmensa rabia y por otro me acobardaba, pensando en la fuerte mirada de ese hombre. A mí, el cazador, al bueno para la pelea a cuchillo, al matador de animales. Preparé la Beretta mientras subía los últimos peldaños, amartillándola debajo de la ropa, sentía el metal tibio por el contacto con el cuerpo. Mi respiración estaba forzada por los nervios y sudaba frío. Me detuve para acomodar la pistola en mi mano para que cada dedo quedara en la posición correcta. Quité el seguro con la mano izquierda y escuché. Se oían quejidos: ¡estaban haciendo el amor! Aunque mi mente se enturbiaba por momentos, logré

pensar que era mi única oportunidad. Estaba seguro que dentro del dormitorio, mi propio dormitorio, estaba Heinz; todo Quellón lo sabía, ese nazi me había convertido en cornudo. Quería matarlos a los dos, disponía de la coartada perfecta: un crimen pasional. Pero, ¿tendría valor para matar a Heinz, si era el hombre haciendo el amor con mi mujer detrás de esa puerta?

Cuando estaba a punto de abrir la puerta con la mano izquierda aferrando el frío pomo de bronce, la Beretta lista en la derecha, el corazón a punto de estallar y la respiración contenida al máximo, sin previo aviso Wolfgang Heinz salió, desnudo y desarmado. Me quedé mirando a los ojos, paralogizado y estupefacto; seguro que esperaba encontrar uno de los gatos que vivían con nosotros causando los ruidos que escucharon. Helga lo debe haber mandado a investigar, conozco a la perfección ese libreto. Medio segundo después, la bala de nueve milímetros le dio de lleno en el plexo solar; se dobló llevándose las manos al estómago. No alcanzó a emitir un quejido. Sus ojos seguían mostrando sorpresa, aún no aceptaba lo que acontecía aunque se trataba de un guerrero profesional y que —afortunadamente— había dejado su Luger sobre el velador a modo de precaución. Le metí dos balas más, una en el corazón y otra entre las piernas, con una cólera que no conocía, apretando el gatillo con fuerza excesiva. Lo disfruté a plenitud, me saqué un enorme peso de encima, había desafiado a mi hombría en todos sus aspectos. Le habría vaciado el cargador de puro gusto, pero todavía restaba trabajo por hacer. Helga, arrodillada sobre la cama, gritaba fuera de control tapando su desnudez con una sábana. Si me ponía a pensar el siguiente acto, se habría salvado. Lo más probable es que le había contado todo a Heinz, perra inmundada. Dirigí el cañón de la Beretta hacia su cabeza, con toda la furia acumulada. Enmudeció ante la inminencia de la muerte y el espanto se apoderó de su cara. Disparé certero entre sus ojos. El respaldo de la cama quedó manchado con su sangre. Cayó fulminada. Yo no me había movido del lugar desde el cual disparé la primera vez; aún me dolía el índice con que apreté

furiosamente el gatillo. Respiraba apenas, contemplando mi obra: mi esposa y su amante muertos, mi delatora y un asesino nazi de proporciones, el hombre que organizaría la ocupación nazi de Chile y Sudamérica ahora yacía a mis pies.

El tiempo se detuvo quizás cuanto. La pistola seguía en mi mano, los casquillos cerca de la cara de Heinz, que cayó a mis pies. Helga con la nuca rota como una erupción volcánica, boca abajo en la cama y las sábanas enrojeciéndose poco a poco con su sangre. Maldita perra traidora.

Cuando recuperé la respiración y el corazón comenzó a bajar la frecuencia de latidos, solté con dificultad la pistola que cayó con estrépito al tablado para quedar junto al hombro derecho del maldito Heinz. En un acto estúpido, rayano en lo infantil, me puse a darle de patadas a Heinz en el hombro, en las costillas; pisoteé su cabeza hasta quedar exhausto. El hombre que me infundió tanto temor, el que me había convertido en un triste cornudo, yacía como piltrafa a mis pies, inerte para siempre.

Empecé a sentirme extrañamente bien; me liberé de todos los miedos... por unos instantes al menos. Ya escuchaba las voces de gente acercándose cuando bajé en dirección a la puerta principal para entregarme a quien correspondiese.

—¿Qué pasó Lucho? —gritó doña Casilda Andrade muy asustada. Venían llegando todas las personas de mi pueblo. Me derrumbé sobre un escalón de la puerta con la cabeza entre las manos; solté el llanto sin riendas. Ahí me di cuenta cuán querido era en Quellón, todos me consolaban sin saber qué había ocurrido, aunque lo presentían. Ninguno se atrevió a entrar a la casa para indagar; llegaban y quedaban en silencio, acompañándome, lamentándose por mí.

Los dos carabineros del pueblo llegaron corriendo al rato. Durante un rato se quedaron allí, con nosotros, preguntando qué había pasado. Los conocía desde cabros. Después subieron, analizaron la escena del crimen. Cuando bajaron le susurraban a los vecinos lo visto, como para evitar que la realidad me hiciera daño.

De repente, arrastrado por un impulso misterioso, me puse de pie y pedí perdón. Miré a los carabineros, que no andaban en vehículo. Era evidente que se sintieron incómodos por tener que llevarme caminando hasta la Comisaría, tomándome cada uno un brazo por mera formalidad. Todo Quellón nos acompañó en actitud fraterna, mi tragedia era la suya. Al igual que cuando se comparte el esfuerzo en la Minga. Entre medio del grupo divisé a los dos matrimonios de alemanes; los dos varones me miraban de manera especial, enojados aunque con disimulo. Había matado a uno de sus compatriotas, tal vez a su jefe...

Vino el drama de enfrentar la realidad: ¡yo era un asesino! Mis parientes tenían un asesino entre los suyos, mi madre un hijo criminal: quizás no resistiría, podía morir de la impresión al escuchar la verdad. Los vecinos no tendrían donde comprar cosas, el almacén cerraría sus puertas para siempre.

Cuando llegamos a la Comisaría, mi prima trató de consolarme, ella había sido la primera en avisarme lo que pasaba entre Heinz y Helga. Como única y estúpida respuesta me largué a llorar de nuevo, largo rato, sentado en un banco de madera en la vieja casona verde con amarillo. Cuando salí de aquel trance, se había ido todo el mundo, excepto los carabineros. Me fui a lavar la cara.

Los carabineros no me trataban como a un asesino en serie. La cofradía de pueblo, los pequeños favores que les hice cuando fueron a comprar al almacén, mi rango de terrateniente y por otra parte el de cornudo, debieron influir para que me trataran con una mezcla entre respeto y lástima.

—Don Luis, tenemos que hacer una ficha, tomarle declaración y mantenerlo en una celda mientras llega el Juez y dispone, ¿podemos proceder?

—Sí —respondí resignado—. Comencemos.

Al otro día vino el Juez de Instrucción desde Puerto Montt. Él no era tan amable y solicitó trasladarme de inmediato a esa ciudad y encarcelarme mientras se iniciaba el proceso. Y así

partí, con lo puesto y unas pocas cosas que sacó de mi casa un vecino piadoso. Durante aquellos días de encierro, me felicitaba por lo hecho. Lejos de sentir arrepentimiento, experimentaba alivio, aunque lo disimulaba cuando alguien venía a verme; no deseaba que agregaran “alevosía” en el expediente de la causa. Por el lado de los nazis, ya no corría peligro: si Helga le había contado algo a Heinz, fue en ese corto período. El caso ya estaba resuelto; para todo el mundo era un simple crimen pasional.

¡Por los clavos de Cristo! De repente me acordé del oro guardado en Queitao, bien seguro, nadie más sabía dónde. En realidad, no esperaba ninguna salida para esta aventura, me consideraba hombre muerto desde que apareció Heinz. Ojalá, pensaba, que pudiera cumplir mi condena tranquilo, de comportarme bien podrían acortarla y permitirme disfrutar de la fortuna. Claro que le dejaría una buena parte al hüeñi Carlitos. Yo imaginaba que en esa feliz circunstancia futura me trasladaría a vivir a Santiago, Helga me había inoculado esa idea de que Quellón es tan provinciano y lejano al mundo.

CAPÍTULO VIII

PRESO

El único atenuante que pudo argüir mi defensor en el juicio, fue que celos fundados por conductas públicas de mi esposa me habían inducido a cometer un crimen pasional. Nada me salvó de recibir una sentencia de presidio por quince años y un maldito día. Tanto delincuente que mata para que lo liberen al poco tiempo, ¡y a mí me hacen esto! Eso dije furioso en la audiencia, de la que casi me sacan por desacato a la autoridad. No quería ofender a nadie, aunque lo dicho corresponda a la verdad más cruda. Más encima, no podía revelar que más bien deberían agradecerme por salvar al país. Medité seriamente acerca de escribir mis memorias en la cárcel; de hecho tenía escritas muchas aventuras de mi pasado lobero.

Empecé a cumplir mi pena en la Cárcel de Puerto Montt. Afortunadamente pude estar solo en una celda; en esa época el penal no estaba tan poblado. La celda, era de esperar, permanecía húmeda y fría, con desnudo cemento por suelo, paredes sin pintura rayadas por mis antecesores. Apeataba a orín, como si nadie hubiera meado dentro de la taza. Pasada la novedad de mi nuevo estado, tuve la paz suficiente para pensar en qué podía acontecerme. Sentado en el camastro miraba los barrotes de la ventana pensando acaso podría cumplir mi condena sin problemas. Eso estaba condicionado a que Helga no hubiera revelado mis secretos. Pero si Helga no había hablado, ¿por qué Heinz había llegado tan suelto de cuerpo a hablarme del submarino? ¿Podrían haberme delatado los pescadores que me vieron entrando aquella lejana oportunidad? Y los nazis que

estaban llegando a Valdivia, ¿vendrían tan poco preparados como para quedarse inmovilizados acaso su “enlace” fracasaba?

Me devanaba los sesos pensando y repensando todos los posibles escenarios. ¿Tuve opciones para actuar de forma diferente a como lo hice con Helga y Heinz? No, no tuve ninguna, este fue el mejor camino posible, matarlos. Y los habría vuelto a matar veinte veces, ¡mierda!, ¡hijos de las re mil putas!

En el día me entretenía instalando la silla encima de la mesa; así podía sentarme a una altura que me permitía ver por la ventana, tomar con las manos los oxidados barrotos y mirar la calle, el tráfico, la gente, el traste de las jovencitas que pasaban, contar los autos, los buses y los camiones, las carretas de bueyes, los huasos a caballo. Cerraba los ojos y trataba de reconocer la marca de un auto por el ruido; entretenciones de preso solitario. Todos hacíamos lo mismo. Leía y releía *El Sur de Puerto Montt*, la revista *Ercilla*, el *Zig-Zag* y *El Pingüino*, aparte de algunos libros que acarrea la prima desde mi propia biblioteca.

La ventana de la celda daba a la calle donde se encuentra la entrada principal del edificio penitenciario. Un día, cerca de la hora de almuerzo, escuché acercarse despacio un motor petrolero; salté a la ventana para ver pasar un Mercedes Benz con cuatro hombres adentro. Venía a una velocidad más baja que la normal para el tráfico de esa hora. A pesar de que los coches de atrás venían tocando la bocina, el conductor del Mercedes no se inmutaba. De repente, el chofer me miró, señalándome con el dedo para que los demás se asomaran por las ventanillas del lado izquierdo. Se quedaron mirando hacia mi ventana. Por instinto me eché para atrás, asustado; ellos siguieron de largo. No significaba nada seguramente, había muchos Mercedes y muchos tipos con pinta de gringos en Puerto Montt; eso me dije para no alarmarme, aunque con escaso éxito: cuando uno sabe que se está mintiendo a sí mismo, el engaño es imposible. Se veía difícil el naipe. A ratos me parecía imposible que todo el enmarañado asunto quedara en nada y que yo saliera del penal más gordo de lo que ingresé a él.

Tendido en la dura cama me entretenía sopesando unas y otras alternativas, mirando el techo blanco: saldría tranquilo y millonario, saldría en pijama de madera y con los pies por delante, me estarán esperando afuera para quitarme todo y vengarse por joderles el plan. Todas estas ideas tenían asidero, puntos fuertes y débiles. Por salud mental, me engolosinaba imaginando un magnífico viaje por el mundo con el dinero nazi, buscar una pareja nueva, chilena esta vez, y disfrutar de la vida una vez que terminara la larguísima condena.

Mi prima iba a verme con frecuencia. Traía milcaos, rosquillas y toda clase de cosas para el baño, ropa, cuadernos, lápices y hasta una radio. Buena persona ella: le proveí una generosa pensión mensual por ser tan amable. Hablé con el abogado que llevaba mis cosas para formalizar lo de la pensión. A él lo mantuve lejos de mi caso penal, aunque era muy competente; no quería que descuidara mis negocios en el sur. La prima me contó que cuando mi mamá recibió las noticias de mi suerte y la de su nuera, no se derrumbó tanto como supusimos todos; Helga nunca le había gustado por esos aires de señora valdiviana que se daba. Además, en cierta forma las circunstancias justificaban un crimen pasional.

La prima a veces me escribía cartas destinadas a consolarme, informándome sobre las ventas de ganado y productos agrícolas; ella jugaba en un eficaz segundo plano desde los tiempos de mi viejo. No se le iba una y controlaba todo, silenciosa y discretamente. El Facundo seguiría siendo mi administrador; para que no se tentara de robar, decidí pagarle una buena suma mensual. El tipo era bueno en lo suyo y honrado, pero como se sabe la ocasión hace al ladrón.

Con la prima convinimos que nadie más viniera a visitarme a la cárcel. Necesitaba estar solo para normalizar esa nueva vida al interior del penal.

A veces pensaba en Helga, acaso debí casarme con ella, si realmente la llegué a querer, o si ella era para mí nada más un lindo chiche, un capricho de niño rico. Acaso igual me hubiera

traicionado con otro hombre en vez de Heinz, porque hay gente que está predestinada a que lo engañen las mujeres y quizás ese era mi caso. Tal vez no lo hizo por mala y me quería; sí, estoy seguro que me quería a pesar de todo, que involucrarse con Heinz fue una forma de escapar de ese aislamiento que sentía en el pueblo, esas ansias de proyectarse, viajar alguna vez a Europa. No sé, Helga, Helga... bah; que digo, fue una puta de mierda, infeliz, que se pudra en el hoyo donde quedó, ya no está y punto. Claro, Heinz era un alemán alto, rubio, fornido, con mucha historia y Helga comparó. Putas, qué rabia, eso es... acabé perdiendo. Estaba escrito.

Cierto día llegó Carlos para traerme algunas cosas, entre ellas un par de cartas de Carlitos. Si supiera este cabro... él es como el hijo que nunca tuve y quizás ya nunca tendré; es una continuación de mi propia sangre. Por eso deseo lo mejor para él. Sí, eso de dejarle pistas para que encuentre todo en el futuro pensando en su bien, sin duda es lo mejor que he hecho en mi vida. Ojalá Carlitos sea suficientemente vivaracho para aprovechar la oportunidad.

—¿Podemos hablar aquí, Luchito? —preguntó inquieto Carlos, sacándome de mis cavilaciones y mirando con desconfianza hacia el techo y las paredes.

—Sí, claro, aquí me tienen preso por asesino, no por espía. ¿Traes algo interesante?

—Sí, en Valdivia he fotografiado a siete gringos, entre ellos a dos despistados de los que fueron a ver el supuesto reloj cucú suizo. Seguiré investigando por un tiempo más. Las fotos las tengo aquí, pero por seguridad no sé si entregártelas, ¿qué opinas?

Carlos tenía ademanes elegantes para hablar, modulaba bien y movía las manos y la cabeza como si cada frase fuera pronunciada ante un auditorio de mil personas. Carlitos, su hijo, hacía lo mismo por imitación; sería un gran tipo como su padre.

—Pásamelas no más. Aquí estoy bien, no me hacen revisiones ni nada parecido. Tengo libros, una radio y cosas para comer

que me manda mi prima por encomienda todas las semanas. A los gendarmes les convido chocolates y rosquillas, así quedo como rey. Se dan cuenta que no soy un preso común. Matar por defender mi honor, como hice, es bien visto en este mundo de hombres; es increíble pero se puede disfrutar del estatus en cualquier parte. En el patio, cuando salgo a estirar las piernas, los internos me miran con respeto. Lo malo es que estoy bien solo. Apenas converso con un italiano, un fanático fascista, don Giovanni. No podía llamarse de otra manera el bachicha, un experto en falsificaciones.

—¿Y de qué hablan aquí, con tan pocas noticias del resto del mundo?

—No te creas, vienen personas una y hasta dos veces por semana a visitar los prisioneros; en el patio se forma una suerte de feria con gente, cabros chicos, comidas ricas. Cuando se van las visitas, empieza el tráfico entre los presos: noticias, diarios, charqui, cigarrillos, revistas; así no falta movimiento. Como no tengo compañero de celda, cosa que es buena por un lado, no hablo casi con nadie. Bueno, ahora te toca a ti, ja ja, ya hablé mucho.

—Oye, cuñado —dijo Carlos, poniéndose serio—. ¿Por qué no aprovechamos el escaso tiempo y hablamos en serio?, ¿qué piensas que te va a ocurrir, crees que todo saldrá como en una película, sin problemas? Te pido perdón por decir esto, sé que vives intranquilo y estás preso, daría cualquier cosa por ayudarte. Quiero saber qué piensas para ver qué más puedo hacer por ti —me emocionaba Carlos, es de aquellos que pueden dar hasta la vida por sus amigos.

—Ufff..., Carlos, amigo, cuñado, eres como un hermano para mí. No lo sé, pienso el día entero en las distintas opciones. Mira, no creo que vaya a sacarla muy barata. Lo que hice equivale a atravesarle un palo a los rayos de la rueda delantera de una bicicleta que va a cuarenta kilómetros por hora: un desastre. Seguro que en Valdivia los jefes nazis deben estar desconcertados, pero ¿por cuánto tiempo? Tu plan con el reloj

cucú fue genial. Así por lo menos los conocemos. Sin embargo no me imagino que personas tan relevantes, aquellos que manejaron el destino de Alemania, se queden como colegiales, botados porque los dejó la micro, ¿me entiendes?

Carlos asintió, tenía la cabeza apoyada entre sus manos, echado encima de la mesa mientras me escuchaba sin hacer preguntas. Sabía que no se podía hacer mucho: solo esperar, era lo mejor dentro de lo posible. El tiempo diría.

CAPÍTULO IX

EL ORO EN EL RELOJ

Cuando Luis Bahamonde llevaba trece meses de encierro, la guerra ya había terminado hacía semanas, aunque en Chile no se notó. Una noche fue despertado por ruidos secos seguidos de gritos desgarradores. Un grupo de comandos encapuchados con vestimenta negra saltaron mediante cuerdas el alto muro de la calle lateral. Entraron sigilosos a la cárcel, premunidos de armas cortas con silenciadores y puñales; redujeron a la guardia y entraron hasta las mismas celdas. Sacaron las llaves al cadáver del gendarme del pasillo y se fueron derecho donde Luis, que los esperaba aferrado a los barrotes, resignado a su suerte, tal como lo vieron la vez anterior. Les ofreció su pecho, a la espera de los disparos destinados a robarle la vida.

Secuestraron a Luis tras matar a nueve de los quince gendarmes que tenían a su cargo el penal en aquel turno de noche. Lo sacaron por sobre los cadáveres, por la propia puerta principal, amordazado y aturdido por un preciso golpe en la cabeza practicado mediante un palo forrado en goma. Después de mucho rato se escucharon voces pidiendo ayuda por sobre los lamentos de los sobrevivientes.

Lo condujeron en automóvil a un aeródromo clandestino donde los esperaba una avioneta con el motor andando. En pleno vuelo se sacaron las máscaras, manteniendo a Luis en el piso. Se fue recuperando del golpe. Vio con claridad el cuadro: estos hombres venían por el oro y lo obtendrían a toda costa, ¿cómo podría soportar la tortura, por cuánto tiempo resistiría sin revelarles sus secretos? En aquellos momentos críticos

recordó a Carlitos, lo haría por él: aguantaría hasta morir sin decirles nada. Con las náuseas provocadas por el golpe y sobre todo a causa del brusco movimiento del avión, vomitó con violencia sobre el piso. Los alemanes se asquearon, pues el encerrado ambiente de la cabina estaba muy pesado. No le pegaron, pero lo imprecaron en alemán. Luis sintió que se desquitaba de ellos por adelantado, hasta esbozó una sonrisa mirando el suelo de goma del piso cubierto por sus propias inmundicias. Volaron directo a Quellón y aterrizaron en un campo aéreo improvisado, donde unas antorchas indicaban el trazado de la pista. Ahí se embarcaron en una lancha de alta velocidad y partieron a Melinka. No se cruzaron con ninguna otra embarcación, su objetivo sería arribar al amanecer a la cueva donde estuvieron alguna vez las tres cajas. En todo el trayecto nadie le dirigió la palabra, ni siquiera una mirada; era como si lo hubieran olvidado. Luis pensó en lanzarse a las frías aguas para terminar con el sufrimiento, pero apenas intentó un movimiento para incorporarse, una bota lo retuvo con fuerza.

—Dinos, ¿dónde escondiste el oro? —preguntó gruñendo un comando alemán en burdo castellano, mientras avanzaban en línea recta a la isla. Luis tenía las manos atadas a su espalda. Estaba aturdido, empapado por la lluvia y tenía mucho miedo. Había creado escenas similares en su cabeza una y mil veces; esta vez era cierto y estaban por arrancarle la verdad. Trató de reconocer a sus captores, pero eran rostros extraños, nuevos para él.

—Mire señor Bahamonde, no nos haga perder más tiempo. Nos dirá dónde está el oro en este momento —descargó un violento golpe con la mano abierta sobre la mejilla de Luis, que estaba sentado al fondo de la lancha y casi se fue por la borda con el impulso. Cuando se recuperó, el alemán volvió a hablar—. Mire, no hay tiempo que perder. En vez de torturarlo, le informaré que en este instante hay un par de camaradas con su madre en Quellón. Les puedo transmitir un mensaje y la torturarán hasta matarla, ¿qué prefiere?

Aunque probablemente era mentira, pues por alguna razón pensaba que todos los comandos estaban allí, Lucho se resignó. También se había puesto en este caso y concluyó que hablaría. De súbito, como por un palpito, hilvanó todo: Helga lo había traicionado ese mismo día y Wolfgang Heinz quiso darse un gusto con ella antes de encararlo, pero ¿cómo les avisó a los demás, en qué momento? ¿Estos tipos corrían por su propia cuenta o dependían del grupo de ‘jerarcas’? Ahora ya no importaba el cómo Heinz dio aviso, el hecho es que lo consiguió, ya sea por teléfono o señas desde la ventana de la pieza matrimonial a un agente que esperaba. No importa, ya nada importaba, cada bocanada de aire valía ahora todo el oro del mundo.

—OK, vamos. El oro no está aquí —les dijo.

Los condujo a Queitao y llegaron a media mañana. Se acordó de repente de Carlos. ¡Carlos!, ¿qué habría pasado con él, lo descubrirían? No alcanzó a sentir remordimientos: dos comandos lo bajaron en vilo a la playa en cuanto llegaron. El tiempo transcurría de una manera muy extraña. En vano pidió que le aflojaran las amarras de las manos que le tenían cortada la circulación desde hacía horas; ya había perdido la sensibilidad. La lluvia había contribuido a apretar aún más las sogas. El comando que lo amenazó tomó la radio e hizo el ademán de dar la orden para que torturaran a su madre.

—Basta —dijo Luis, resignado—, ya estamos aquí, les enseñaré dónde está el oro: allá abajo —indicó con la cabeza.

Le desataron las manos, pero un guardia lo encañonó con una pistola. Traían trajes de buzo, lámparas, palas, cuerdas y todo lo necesario. Ayudaron a Lucho para vestirse de hombre rana, porque sus manos no le respondían. Dos de ellos también se pusieron traje de inmersión. Bajaron por la playa; Lucho los llevó buceando hacia las pequeñas cuevas, sin siquiera pensar en escapar. Ellos sabían lo que buscaban. Subieron el oro poco a poco y estaba todo allí. Satisfechos, lo contaron enmudecidos por la codicia. Luis maldecía por no saber orar y trataba de pedir

perdón por todas sus faltas. Tal vez había un Dios; él necesitaba ahora de toda la protección que pudiera otorgarle.

—¿Dónde están las pistolas y los documentos de herr Heinz? —Luis denegó con la cabeza y comenzaron a darle de patadas. Estaban muy excitados ante la visión del oro; ¡cuarenta kilos!, un tesoro impresionante que brillaba bajo el sol de la mañana. El sol se coló entre los cuerpos de los comandos por un momento, encegueciéndolo, y supo que era la última vez que lo vería. Perdieron el control; le siguieron pegando hasta que uno de ellos extrajo una Luger de entre sus ropas y le disparó dos veces al corazón.

Luis Bahamonde murió de inmediato. No tendrían los documentos ni las pistolas de Hitler, que estaban destinadas al hijo de su gran amigo, su cuñado y compañero de aventuras. Ninguno de los comandos recriminó al que lo ejecutó a mansalva. Se apartaron del maltrecho cadáver, intercambiaron miradas y luego rieron a carcajadas largo rato para celebrar la nueva situación: estos oficiales nazis sobrevivientes ahora eran inmensamente ricos.

CAPÍTULO X

LAS FOTOS

—¿Es usted Carlos Barrientos? —preguntó una voz suave, amable y melosa a Carlos aquel soleado día en Santiago, varios años después de la trágica muerte de su cuñado Luis. Eran dos tipos con pinta de extranjeros.

—Sí, ¿qué se le ofrece? —ante la señal de uno de ellos, se acercó rápido un automóvil grande que estaba a la espera. Dos pasajeros saltaron de atrás. Carlos se sobresaltó. Los tipos lo rodearon con gran rapidez y lo arrastraron con brusquedad y eficacia hacia el coche. Carlos no alcanzó a reaccionar.

Dentro, en el asiento del copiloto, iba el dueño de la casa de fotografía en Valdivia, aquella donde revelaba las fotos del caso del cucú.

—Usted —dijo Carlos muy sorprendido cuando lo reconoció—, ¿pero qué está pasando? —preguntó angustiado. Nadie le contestó.

El auto comenzó a desplazarse a una velocidad moderada con destino a una parcela en Puente Alto. No lo vendaron, no le pegaron, no hablaban, solo lo mantenían férreamente tomado por los brazos en el asiento trasero. Carlos los miraba y ellos lo contemplaban indiferentes, tranquilos, desprovistos de emociones; eran profesionales en lo suyo.

—Yo solo mandaba a revelar las fotos —balbuceaba Carlos dirigiéndose al copiloto, pero no hubo respuesta. Las ventanillas estaban cerradas por si intentaba gritarle a los transeúntes.

Carlos no sabía por qué lo llevaban, ni quiénes eran esos hombres; estaba perplejo.

—¿Dónde me llevan, qué quieren de mí? —preguntaba una y otra vez.

No respondieron. No parecían alemanes al menos, tampoco eran chilenos. Por más que le daba vueltas al asunto, no se le ocurría por qué lo estaban secuestrando. Su vida había sido tranquila, excepto por la relación de hechos que Lucho le hizo aquella vez en la cárcel, algo que lo dejó inquieto tras su violenta muerte. Eso había ocurrido seis o siete años antes. De repente de despabiló y asoció al hombre de la casa de fotografía y a Luis con 'los jerarcas', ¿serían aliados de los alemanes y también estaban en el plan? No, no cuajaba esa tesis, el acento no era alemán, tampoco lo parecían. No se atrevió a mayores conjeturas, solo restaba esperar y ver a qué atenerse.

Cruzando caminos de tierra dura, entre sauces llorones y riachuelos, llegaron a una casa aislada en el noreste de la pequeña ciudad. Lo bajaron y una vez adentro lo amarraron con entera calma a una silla. Carlos no opuso resistencia, seguramente la situación se debía a un error. Apuntaron una potente lámpara directo a su cara para incomodarlo y que no viera al que lo interrogaba. No obstante el acento del extranjero, se le entendía perfectamente.

Carlos no lo sabía, pero sus raptos eran del Mossad, el recientemente creado servicio de inteligencia israelí. El hombre de la casa de fotografía era miembro del grupo de Simon Wiesenthal, que se dedicó a buscar nazis por el mundo desde 1947 con relativo éxito. El hombre buscó fotos de los 'jerarcas' en los archivos, así los descubrió. Como Carlos iba cada mes a revelar fotos, la cacería había sido sencilla. Sin embargo llegaron tarde, los nazis ya estaban muy lejos.

El hombre de la casa de fotografía de Valdivia sacó de su chaqueta un sobre con fotos y se las fue mostrando, una por una. Las conocía perfectamente, él mismo las había sacado desde el auto en el ingenuo y mal planeado juego de espías que había ideado con Luis.

—¿Nos podría decir, por favor, dónde están estos caballeros,

señor Barrientos? —el tono amable y tranquilo confundía a Carlos, bien amarrado a la silla.

—No lo sé, solo tomé las fotos —respondió con vehemencia.

—¿Me va a decir que usted no sabe quiénes son, en verdad? —dijo enfatizando al final, incrédulo.

—No lo sé, solo las tomé por encargo de mi cuñado Luis, Luis Bahamonde que está... muerto.

—Eso lo sabemos, señor Barrientos. Solamente queremos saber dónde están estos caballeros y donde está el oro que guardó don Luis —la voz seguía tranquila y amigable.

De haberlo sabido, se los habría dicho, pero no sabía absolutamente nada.

—¿Oro? Es la primera noticia que tengo, ¿cómo voy a saber de qué oro me está hablando?, ¿quiénes son ustedes?

Carlos no pudo hablar porque no conocía detalles, apenas algunas generalidades. Les explicó la conversación con su amigo Luis, que no quiso involucrarlo más. Uno de los individuos abrió un ropero y extrajo un generador a manivela; al parecer era pesado, pues debió pedir ayuda para arrastrarlo junto a la silla de tortura. Otro se encargó de armar el aparato y conectarle dos cables gruesos, como de bujías de automóvil. Le aplicaron corriente por todo el cuerpo, comenzando por los pies, dejando manchas rojas y húmedas tras un crepitar, un chisporroteo, una feroz contracción muscular y un desgarrador aullido de dolor. Carlos repetía desesperadamente, sollozando, la historia que le refirió Luis, una y otra vez. Le abrieron la boca para aplicarle los electrodos en las encías; después en las sienas que chisporroteaban con la humedad de la transpiración. Carlos se revolvía en la silla a causa del dolor; ya gritaba ronco. El aire de la habitación olía a chamuscado; salía un humo azulado de los puntos donde iban aplicando electricidad, mientras un agente movía la manivela con parsimonia.

Los hombres buscaban particularmente a Walter Rauff, que aparecía en una de las fotos, y también al oro, como compensación de lo que les robaron a ellos durante la guerra.

Su causa era justa, como lo son siempre las causas. Como no lograron sacarle nada, empezaron a perder la paciencia. Lo desataron de la silla, le bajaron los pantalones y los calzoncillos, para volverlo a amarrar. Carlos gemía y pedía clemencia.

—Por favor, déjeme, ¡qué me van a hacer, basta... por favor!, no sé nada.

Dos hombres lo mantuvieron con las piernas separadas mientras le aplicaban corriente en los genitales y en el ano. Carlos recién se había orinado de miedo y el efecto de la humedad fue terrible. Un rancio olor inundó aquel lugar de ventanas cerradas, pero los hombres no se inmutaron; respiraban serios, tranquilos, con la boca cerrada. Probablemente estaban acostumbrados a aquella rutina.

—¡Habla imbécil o te freirás! —gritaba el primer hombre, el que había hablado tan suave al principio.

—¡Dónde están esos hombres, dónde está el oro que escondió Luis!

Carlos no resistió, tenía los ojos desorbitados por el dolor, la boca deshecha con las quemaduras, seca y sin saliva. Perdió el control y sobrevino un fulminante paro cardíaco. Tampoco lo iban a dejar vivo después de esto. No intentaron reanimarlo y lo dejaron morir, estaban convencidos de que Carlos no sabía nada que pudiera serles de utilidad. Luis nunca le entregó detalles acerca del lugar donde escondió el oro.

Limpieron la casa de los vestigios de la tortura y se fueron a cazar nazis a otro lado. A Carlos lo dejaron botado de noche en la calle Lira, cerca de la Alameda, muerto.

CAPÍTULO XI

EL SOBRINO

Una vez que terminé de leer las anotaciones del 10 de noviembre, decidí ir a Quellón, porque cada vez llovía con mayor intensidad, de otro modo después me costaría salir de la isla.

Junto a un buen fuego de chimenea en la hostería y un coñac en la mano, volví a leer el cuaderno del tío. Se aprecia que le faltó tiempo para concluir el relato porque se saltó varias páginas dejadas en blanco, como si hubiera pensado llenarlas después. Evidentemente los acontecimientos se le venían encima muy rápido.

Qué rara es la vida, medité en ese momento. Hay gente que vive de manera tan simple y que pasa por el mundo sin dejar rastro. También hay otros, como los soldados de cualquier guerra, o como el tío Lucho, seres que no dejan rastros individuales, hagan lo que hagan. Pasan tantas peripecias para que después nadie los recuerde. Como si nunca hubiesen transitado por aquí, se borra todo vestigio de ellos. Todavía no tengo claro qué es lo que gobierna la vida: el tío Luis podría haberse quedado tranquilo con lo de la cueva cuando divisó el bote con los marinos alemanes la primera vez, pero no. Un extraño impulso humano tenía que inmiscuirse y cambiar el curso de la historia. Tal vez no habría acontecido nada relevante, pero ¿si se hubiera llevado a cabo el plan nazi tal como estaba escrito, si Hitler en lugar de suicidarse en su búnker, hubiera venido y arrasado con Sudamérica para proseguir la guerra, aprovechando los enormes recursos sin explotar de la zona?

Hitler fue un excelente gerente general pero la historia sigue desconociéndole esa calidad a partir de la imagen demoníaca que le crearon. Esa imagen tiene aspectos ciertos sin lugar a dudas, pero ¿no fue también diabólico el General George Patton al sugerir la oportunidad de barrer a la Unión Soviética tras la caída de Berlín y “acabar con el comunismo”, aprovechando su debilidad tras la guerra; o Harry Truman por lanzar las bombas atómicas cuando Japón estaba dando sus últimos estertores, a sabiendas que Hirohito había pedido la rendición un poco antes?

Mi tío Lucho fue un instrumento del devenir, el caudal de la vida que circula por donde le resulte más fácil, tal como los ríos. Aun así, él en forma casual impidió este desastre, pero su nombre no es pronunciado ni siquiera por los familiares que le sobreviven: quedó manchado, proscrito de las memorias. Sin embargo, tal vez el mundo le deba mucho.

Sus últimas páginas son estos párrafos que revelan su estado emocional. Me conmueve saber que estaba sufriendo, no era solo una aventura en la que estaba involucrado, sino que su vida corría serio peligro. A mí, aquí, leyendo cómodamente lo que me dice a veintitantos años de distancia, me cuesta asumirlo; él me escribió esta carta cuando yo tenía diez años para la leyera a los treinta, ¡uff!

“No alcanzo a contarte todo porque cada día ocurren cosas nuevas y andar con el diario es ahora muy difícil y peligroso. Apenas pude venir a esconder esto. Igual, la información que tienes es suficiente. Anda a la isla de Queitao y ubica por tus medios el oro; es tuyo, con la única condición que seas feliz, disfrútalo y acuérdate de mí.

No sé exactamente el origen que tiene, pero no me cabe duda que proviene del sufrimiento humano. Pienso que cada lingote es una masa fundida de metal con los dolores y sangre de indios latinoamericanos azotados por los españoles, de esclavos negros muriendo en una oscura mina africana, de ambiciosos yanquis en California y de joyas atesoradas por los judíos en Europa por

generaciones. Exorcízalo tú, Carlitos, que estás “libre de pecado”. Por favor, cumple con este mi encargo o simplemente mi vida habrá sido inútil, tu tío Lucho”.

Diablos, qué emoción... me costaba esto, tenía un feroz nudo en la garganta. Me daba cuenta que el tío Lucho se había metido en un tremendo lío por robar el oro de los nazis, pero ¿qué habrá ocurrido después?, ¿por qué primero se convirtió en asesino para que después lo asesinaran a él? Lo mejor era ir a Queitao a indagar el final de la historia, si es que existe.

La idea de encontrar un tesoro de tal magnitud me hacía sufrir por la contradicción que el mismo tío mencionó: le perteneció a otros. Lucho se los robó a los nazis y yo lo iba a cosechar. No me acomodaba esto, pero para qué disimular, en los días posteriores pensé que con esta fortuna podría cumplir el encargo de una manera espectacular; aunque mi sueldo de abogado no es malo, eso sería genial. A menudo le daba vueltas a lo que haría como multimillonario, a quienes ayudaría, dónde iríamos con mi madre y con Victoria, podríamos recorrer el mundo. Claro, también vería como se encontraban los demás miembros de la familia y acudiría a ayudarlos. Todos merecen compartir el fruto del sacrificio del tío. Aunque... mejor me iría despacito, no vaya a ser cosa que el oro lo reclamaran los gobiernos que estuvieron en guerra...

Abstraído en aquellos pensamientos de grandeza, no me percaté que el encargado de la hostería estaba a mi lado con un sobre en la mano, esperando a que le prestara atención.

—Ha llegado un telegrama para usted, don Carlos.

Lo recibí sorprendido y me puse inquieto, ¿quién podría mandarlo? Los telegramas suelen presagiar problemas: “Hijo. Es necesario vuelvas pronto a Santiago. Stop. Tu madre.” Partí de inmediato. Me esperaba, más avejentada y con el rostro sombrío que le hacía juego con el luto que nunca dejó desde la muerte de mi padre.

—Carlos, llegó el momento de revelarte algo que he ocultado por años. Tu papá fue torturado; no murió de un paro cardíaco

en la calle, como te hice creer. La Policía de Investigaciones me dio los detalles, pero tú recién estabas por salir del liceo y no me pareció bueno contarte esto.

—¿Qué, me quieres decir que el papá fue asesinado? —la respuesta era obvia, pero en ese momento no atiné— Madre —repliqué enojado—, yo soy abogado, conozco los procedimientos para averiguar las cosas, tuviste muchos años para contarme.

—Carlitos —me miró como a un niño a quien consolar, con la cabeza ladeada y poniendo una mano en mi brazo—, hubo una investigación profunda; me preguntaron por el pasado político de Carlos, él no se metió nunca en nada, tampoco tenía enemigos...

—¿Y entonces? —pregunté impaciente.

—Nada, se concluyó que fue asesinado por error.

—Imposible mamá —la interrumpí de manera impertinente—. Eso no es posible.

Pero en ese mismo momento recordé su profundo vínculo con el tío Luis. Por ahí iba la relación. No quise agregar nada para no alterarla más; a su edad revivir tan grandes amarguras era ya bastante malo de por sí. Entonces recordé la urgencia del telegrama.

—¿Por qué no esperaste a que viniera la próxima semana, mamita, por qué mandaste ese telegrama? —dije calmado y conciliador, tomándola con cariño por los hombros.

—Por esto —respondió mientras partía a buscar un paquete abierto sobre la mesa de arrimo. Hasta ese momento aún seguíamos conversando en la entrada de la casa.

—¿Qué es? —inquirí mientras lo abría. Contenía un viejo cuaderno. Reconocí la letra, pertenecía al tío Luis.

—Es de Lucho, un cuaderno de contabilidad de sus negocios que me mandó su prima. En la carta menciona que lo halló por casualidad en una caja enterrada en el jardín de la casa de Luis en Quellón. Lo leí y te menciona en una página, por eso ella creyó que podría servir para esclarecer el caso. Dice que...

—Espera mamá, dame tiempo para leer —fui al sillón cerca de la ventana y me dispuse a leer. Mi madre seguía balbuceando frases explicativas; le solicité silencio con un ademán. Tras ojear muchas páginas con números relativos a compras y ventas para el campo y el almacén, vi unas frases escritas con su estilo semi—literario, el mismo que empleó en los escritos que me dejó en las islas. Hablaba de su relación con la tía Helga, de lo mal que lo estaba pasando. La última oración era clave:

“No sé si decirle a Carlitos lo de las fotos. Involucra a su padre y quizás cómo terminará esta historia”.

—¿Eso es todo mamá? Pero, ¿qué quiere decir? No entiendo nada.

—Tampoco tu prima entendió, y tú eras tan chico en ese entonces... espera —fue a buscar algo a su pieza; me quedé mirando aquel párrafo tan fuera de lógica. Un cuaderno de contabilidad personal es algo íntimo. Que lo hubiera escondido en el jardín es razonable en su situación, pero ¿qué tiene que ver esto con la muerte de mi viejo, de qué fotos se trataría?

—Mira —dijo mi madre mientras sacaba unas viejas fotos en blanco y negro de un sobre—. Nunca las relacioné con la muerte de tu padre; tampoco se lo mencioné a la policía... simplemente porque no veía ninguna relación. Recién ahora me acordé de ellas. Se sentó en el brazo del sillón y me las fue pasando una por una. No se me ocurrió nada mirando esos rostros, hasta que en la cuarta foto reconocí a Walter Rauff, el oficial nazi cuya presencia en Chile fue denunciada con profusión en la prensa.

—¡Rauff! —exclamé.

—Sí —dijo mi madre—. Me sonaba esa cara, pero nunca la reconocí. Ahora recordé que Carlos tenía estas fotos en un cajón, entre otros documentos.

—Walter Rauff, Walter Rauff... —me quedé repitiendo aquel nombre tratando de establecer una asociación— Simón Wiesenthal, el famoso cazador de nazis intentó su extradición sin éxito, hasta habló con el presidente Allende, pero no hubo

caso. La Corte Suprema lo impidió... —me quedé cavilando.

—¿Qué quieres decir, Carlitos? —mi madre seguía con interés los cambios que iba notando en mi cara. Nunca me quitó el mote diminutivo— ¿Qué relación ves con la muerte de mi viejo?

—No tengo idea, mamá, hay que pensarlo. No se me ocurre nada.

No podía revelarle los detalles a mi madre. La verdadera aventura de Luis Bahamonde era un secreto... aunque pensándolo bien, ella era la más indicada para conocer la historia completa. Quizás entre los dos podríamos haber sacado buenas conclusiones; ella podría saber otras cosas, como lo de las fotos. Evalué acaso esto le podría afectar negativamente la salud; mas consideré que esclarecer la muerte de mi padre mitigaría el dolor acarreado por años. Me puse a relatarle lo que sabía, con lujo de detalles, omitiendo lo escabroso. Le aseguré que en sus escritos el tío Luis aseguraba no haber involucrado al papá.

Tras conversar varias horas, elaboramos el hilo completo de la historia. La muerte de mi papá podía deberse a una acción de los nazis en Chile o a la de un comando israelí. Por la época en que mi papá murió, esto último aparecía como más probable, pues por estos lados la caza de nazis fue muy intensa en los años sesenta.

—Mamá, ¿dónde estaban las fotos?

—Allí, en el segundo cajón de la cómoda —dijo señalando con el índice.

El mueble estaba en una pieza al lado del pasillo. Fui por el cajón y lo traje al living. Con cuidado fui vaciando el interior. De entre varios catálogos antiguos, mi mamá señaló el que contenía las fotos; lo revisé hoja por hoja, hasta que encontré unas amarillentas boletas de sus viajes de esa época. Las miramos juntos y correspondían a Valdivia: hoteles, minutas de ventas, comidas en restaurantes, direcciones de clientes y una en particular, la de una casa de fotografía. Se leía en ella: “Casa Silesia, artículos fotográficos”, el número de la boleta, la fecha,

la dirección y el ítem: ‘revelado de 12 fotos de 6 x 9’.

Le mandé la dirección a un colega amigo para que averiguara por el dueño de la tienda, que resultó ser Philip Böhm, un judío alemán radicado por esos años en Valdivia, como tantos otros. Mi colega envió un telegrama al día siguiente para completar la información: Böhm no vivía en Chile hacía décadas.

—Mamá, tenemos dos alternativas. Una es suponer que Böhm se relacionaba con grupos de caza nazis, que es lo que pienso. Creyeron que el papá conocía el paradero de estos señores. Quizás buscaban también el oro, no lo sé. La otra opción sería que nos olvidemos del tema, pues no parece que haya sido asesinado por nazis; las evidencias apuntan más hacia un grupo como el Mossad. ¿Qué piensas tú? Lo que digas lo acataré.

Mi madre estuvo pensando un buen rato mientras miraba por la ventana. De repente se puso a llorar amargamente, descargando las tensiones y angustias vividas por tantos años. La abracé, puse su cabeza sobre mi hombro y también lloré. Nos quedamos abrazados en silencio hasta que anocheció. Ninguno pronunció palabra.

Al otro día le llevé el desayuno a la cama. Cuando descorrí las cortinas habló con resolución.

—Ya lo he pensado hartito Carlitos, dejemos este asunto como está. Ha pasado mucho tiempo, no será posible seguir ninguna pista. Los israelíes creyeron que tu padre sabía algo; por eso lo mataron, es la mejor conclusión y ¿qué más se podría hacer? Nada, dejemos tranquilo el pasado. Con lo que me contaste de Lucho hay para escribir una novela, ¿no te parece mucho mejor idea?

CAPÍTULO XII

LA SÉPTIMA CUEVA

Para las vacaciones de verano partí con Victoria a Quellón, decidido a llegar hasta el final. Teníamos planeado casarnos dentro del mismo año y pensé en participarle toda la historia. Tras haberme confidenciado con mi madre, no me sentía traicionando el secreto. Mal que mal habían transcurrido décadas, los peligros de la guerra habían pasado y el tío Lucho estaba muerto. Fui haciendo el relato tal como yo viví la historia, ahí percibí que no tenía todas las piezas en su lugar, pero tal vez en Queitao me esperaban sorpresas. La ambición brilló en los ojos de Victoria cuando le expliqué lo del oro: somos humanos al fin.

Partimos a la isla en febrero, bien equipados con trajes de buceo y toda clase de implementos y provisiones. Habíamos arrendado una lancha apropiada para la ocasión. Victoria me acompañaba en actividades como el buceo, le gustaba el deporte.

No tenía cómo adivinar donde pudo esconder el oro en Queitao el tío Lucho. Esta isla ya no es propiedad de su familia, no sé por qué. Ahora es visitada con alta frecuencia por pescadores y turistas. Llegamos a la única playa y bajamos buceando varias veces para inspeccionar y conocer la fuerza del oleaje cerca de las rocas. Para no despertar sospechas simulábamos ser una pareja de turistas más en la playa. No encontramos ningún indicio a simple vista. Tras evaluar acaso el tío habría llegado a esta playa para efectuar el escondite, concluí que sí, pues no había otro lugar de fácil acceso; además él carecía de ayuda para realizar cualquier trabajo.

Traté de pensar como él, con la tranquilidad que debió tener en los primeros días. Elucubré varias posibilidades que no aportaron ninguna pista útil. Recorrimos toda la zona varias veces. Cuando estábamos a punto de rendirnos, mientras volvía nadando hacia la playa tras otra incursión de las muchas efectuadas, divisé —medio cubierta por matorrales— una cruz grabada en la roca. Desde la vertical descendimos de a poco por el agua y de repente ¡bingo! A tres metros de profundidad se mostraba una pequeña cueva excavada en la pared de roca. Evidentemente estaba hecha por el tío; ya le conocía la mano. Me acerqué con la linterna y me llevé una gran desilusión: estaba abierta y vacía. Nos miramos con mi novia y subimos a discurrir qué hacer.

Fue una decepción fulminante y un enigma. La cueva era muy pequeña, como para esconder ahí una caja de zapatos y sin segundo fondo. De ninguna manera podían caber cuarenta kilos de oro en lingotes. Debió haber excavado siete cuevas, tal como mencionó en su cuaderno.

No sé por qué me acordé del juego del reloj que practicábamos en mi niñez. De aplicar ese criterio, las cuevas debían ubicarse hacia la derecha, a tramos regulares. Nos preparamos para descender portando dos linternas grandes para vencer la turbiedad del agua del Golfo del Corcovado. En efecto, a la misma profundidad que la primera, veinte metros más allá estaba la segunda cueva, en las mismas condiciones, abierta y sin rastros del oro. Seguimos el mismo orden, bastante desanimados. Contamos seis cuevas vacías exactamente iguales, y no se veía ninguna más. Sin subir a la superficie, intrigado, medí la distancia a la cual debería estar la séptima. No se apreciaba nada en ese sector. La zona estaba cubierta por algas y moluscos.

Decidí limpiar a punta de cuchillo la superficie de roca del sitio donde debía estar la séptima cueva, para luego perforar. Despejé una zona grande de lamilla y conchas de choros y lapas pegadas a la roca por mucho tiempo. Ahí estaba el escondite, tapado por una piedra laja muy bien calzada, quizás tallada,

invisible con el paso de los años. Me saltó el corazón al verla y la retiré ayudado por el cuchillo. Miré entusiasmado a Victoria; nos coordinamos por señas para sacar lo que estuviera adentro.

Subimos a la superficie una caja metálica cuadrada; la tomamos de un asa cada cual y la transportamos hasta la lancha. Eran apenas dos kilos de peso, cuando mucho. La terminé transportando solo, por comodidad. Lejos de la vista de las escasas personas que merodeaban por la playa, subimos la caja a bordo de la lancha y nos alejamos por el canal chilote para abrirla tranquilos, lejos de miradas curiosas. El latón estaba muy enmohecido, así que debí romper la caja a golpes. Se había filtrado agua al interior, pero el astuto tío Lucho había puesto dentro otra caja de mejor calidad; también debí abrirla a la fuerza. Adentro, en sendas bolsas impermeables, se encontraban las dos pistolas engrasadas. Aparte algunos documentos en alemán, algo húmedos, pero en buen estado de conservación.

—Era cierto ¿viste? —le comenté a una admirada Victoria— Hasta aquí todo podría haber pasado por un simpático juego de mi tío, ¿te das cuenta?

Ella hizo la pregunta de rigor, la única posible en ese momento, la que me causaba más contradicciones, en especial ahora que teníamos la certeza de que la historia era verdadera. La pregunta que cada cual guardaba para el otro:

—¿Y dónde está el oro?

—No lo sé —respondí—. Las primeras seis cuevas estaban vacías.

—¿No será que hay más en otro lado?

—No lo creo, eran siete las mencionadas. Igual volvamos a sumergirnos— Yo bajaré. Tú te quedas cuidando la lancha, ¿te parece?

Estuve una hora buscando sin encontrar nada. No había oro en Queitao: se lo habían llevado otros. ¿Quién o quiénes? ¿Cuándo? Preguntas lanzadas al vacío.

Mientras navegábamos de vuelta a Quellón, íbamos formulando hipótesis tras hipótesis. La más evidente era que

las personas a las cuales estaba destinado el tesoro lo habían encontrado. Ellos dieron con el tío Lucho y luego lo asesinaron. Pero, ¿por qué el tío había asesinado a Helga, su esposa?

Para rellenar las partes faltantes del puzle, necesitábamos traducir los documentos, igual que hizo el tío Lucho en su tiempo, y recopilar la información disponible en los diarios de la época. Era lo único que podíamos hacer a esas alturas. Nos quedó claro que el oro sería imposible de encontrar. Con toda seguridad lo habían recobrado los nazis.

Con una molestia interna que ninguno le demostró al otro, nos dirigimos a la ciudad de Castro, a su archivo de biblioteca, pues Quellón no tenía diarios en la época del tío. Tras presentarnos como periodistas en búsqueda de información histórica, escarbamos hasta encontrar algo en “La estrella de Chiloé” del 30 de junio de 1946: la noticia del secuestro del preso Luis Bahamonde, ocurrido en la Cárcel de Puerto Montt.

En aquella y otras ediciones posteriores nos enteramos de la conmoción que causó ese acto sangriento, tan poco habitual en la zona. Muchísimo les costó a las autoridades encontrar al tío, varias semanas después del ingreso del grupo comando a la prisión. Un pescador lo halló por casualidad en la isla Queitao, en estado de descomposición y con balas en el pecho. Se mencionaban dos asesinatos que habría cometido el tío, no uno como yo creía; había matado a Helga y otra persona más, un ciudadano alemán. Mi madre nunca mencionó este hecho. Pero encajaba con lo que yo ya sabía. Los hechos de sangre habían ocurrido a mediados de 1946, por lo cual buscamos los diarios de esos días y de la época de la rendición alemana, en mayo de 1945.

—Claro, lo mataron en la isla después de quitarle el oro —concluyó Victoria—. Pobre hombre, cuánto habrá sufrido.

Mientras ella hablaba con pena, como si hubiese sido pariente suyo, encontré el artículo del 4 de marzo de 1945. Lo leí en voz alta, emocionado:

“Fue detenido en la localidad de Quellón un hombre que asesinó

a tiros a dos personas en la tarde de ayer. El comerciante Luis Bahamonde disparó dos balazos con una pistola a un hombre de origen alemán llamado Wolfgang Heinz y a su propia esposa, Helga Landshoff. Presumiblemente la causa del doble crimen fueron los celos. El sujeto fue detenido inmediatamente por Carabineros y conducido a la Comisaría a la espera de la llegada del Juez desde Puerto Montt, quien efectuará las diligencias pertinentes para proceder con su traslado a Puerto Montt, donde será juzgado”.

—Faltaría saber quién fue Wolfgang Heinz para entender la historia —susurró Victoria para que nadie nos escuchara.

—Amor, eso es obvio —repuse—. Heinz era el nazi encargado de recibir el oro y la historia se enredó con ellos tres. Lo raro es que el grupo comando actuó después de la muerte de su jefe... a menos que él no lo fuera.

—O simplemente robaron el oro para ellos mismos, pues disponían de pistas. Sencillo, doctor Watson: no hubo un serio intento nazi en Chile después del crimen ¿verdad? No había qué financiar —aseveró Victoria, irónica y enfática, anotándose un punto.

—A ver, no simplifiquemos. Hitler estaba muerto.

—Mmm... qué interesante, un triángulo amoroso...
—siguió pensando en voz alta, sin escuchar mi razonamiento.

—No sigas por ahí, Victoria, completemos el cuadro principal; después escribes una novela rosa, si quieres —dije un poco enojado, a la defensa de la honra del tío Luis.

Tiempo después, mandamos a traducir los documentos en Santiago. Con ellos armamos la historia.

—Tu tío Lucho fue una suerte de héroe sin proponérselo, sin que lo moviera un ideal concreto. Evitó que Hitler tuviera la opción de instalar en Chile el centro de operaciones para rearmar el Reich. Liquidó su sistema de coordinación y financiamiento, ¿te das cuenta de lo que habría ocurrido si Hitler no se hubiera suicidado en Berlín, y en cambio hubiera venido acá, a Chile?
—comentó Victoria.

—Hablemos las cosas por su nombre —dije adoptando un

aire docto—. El movimiento nazi en Chile estaba desinflado desde la Matanza del Seguro Obrero el 38. Lo “germanófilo” de nuestro país era muy relativo, aunque se diga que solo le declaramos la guerra a Japón y no al Eje completo. En realidad, nunca apoyamos a Alemania de ninguna forma. A Hitler le habría sido difícil vivir aquí sin el poder que tuvo hacia mediados de 1943. De ser así, nos habría arrasado. Lo que Lucho hizo la historia no lo registra porque no se encadena con nada. Argentina era indudablemente la mejor opción para ellos y no Chile.

—Yo no lo creo así, él merece un homenaje, un reconocimiento póstumo —dijo ella con resolución—. Debemos hacer algo —Victoria cerró un puño con decisión y altivez. Me dio un poco de vergüenza, era yo quien debía actuar así respecto del ícono de mi infancia.

—Es más —reliqué cambiando el giro—, debemos ver cómo cumplir con el encargo. Ya que no hay oro... ¿qué tal si vamos a la cama?

CAPÍTULO XIII

CUMPLIMIENTO

Un día nos llamó por teléfono el profesor del Instituto de Lenguas de la Universidad de Chile que nos había ayudado a traducir los documentos.

—Carlos, me tomé la libertad de fotocopiar los documentos mientras los traducía y se los mostré al Decano de la Facultad de Historia. Él querría su autorización para publicarlos como parte de una investigación seria acerca de este intento nazi en el país. ¿Está de acuerdo?

Desde luego que estuve de acuerdo. Entregamos copias de los documentos a la Universidad de Chile y la Biblioteca Nacional. El nombre de mi buen tío se reivindicaría al fin y eso me alegraba profundamente. Era lo mejor que podía hacer por su memoria. Los documentos originales los guardé porque a Victoria se le ocurrió una brillante idea que nos permitiría cumplir con la última voluntad del tío Lucho.

Viajamos a Londres en el verano siguiente, llevando las armas de Hitler en calidad de piezas de colección y también los documentos originales. Los depositamos en una caja fuerte de un banco. Llevábamos los documentos traducidos al inglés y los certificamos en una notaría que acreditó su origen; en esto nos ayudó el Decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Chile. Fuimos asesorados por un abogado inglés para acudir a Sotheby's y Christie's para ofrecer subastarlo como lote.

La oferta era más adecuada para la Casa Christie's. Después de una serie de peritajes grafológicos practicados a los documentos y algunas declaraciones que tuve que realizar

ante numerosos especialistas en la historia de la Segunda Guerra, muy interesados en los detalles de las aventuras del tío Lucho, el remate se efectuó con mucha publicidad. Fue un acontecimiento en grande. El anhelo del Tercer Reich para entrar a Chile, aunque era solamente una parte de un plan más vasto, cambiaría algunas páginas de los libros en el porvenir.

El porcentaje que convinimos con la Casa Christie's nos dejó satisfechos: obtuvimos US\$114.000 por la Luger, US\$205.000 por la Máuser, que provenía de la época en que Hitler fue combatiente en la Primera Guerra, y US\$135.000 por los documentos, aunque creo que valían bastante más que las viejas pistolas.

Junto a Victoria habíamos armado el mosaico con la historia completa del tío Lucho, con la ayuda de los documentos del Mariscal Keitel y la información que me transmitió a mí. A Victoria también se le ocurrió aprovechar el viaje y proponer la publicación de la historia completa a un importante editor, que nos facilitó ayuda para novelarla e introducirla en el mercado europeo.

El dinero obtenido en la subasta, los derechos de autor y la exclusividad con la editorial sumaban bastante. Volvimos a Chile para casarnos, como lo teníamos planeado, con atraso por tanto ajeteo. Como regalo de bodas compramos un pequeño y hermoso yate que fondeamos en Castro, al cual bautizamos "El Trauco". Así, recorriendo los canales sureños navegamos por el mismo mar que tantas veces surcó él, cumpliendo así con su encargo.

